

año 3 número 11 / febrero 2017

ATLAS

11

otra revista de salud mental,
una revista de psiquiatría de enlace



ISSN 2362-2822

AUTOWAHN
editora

Editorial

El tercer número de lecturas de ATLAS nos encuentra luego de un año agitado en donde hemos realizado una exitosa jornada de trabajo y pensamiento junto al Proyecto Suma.

Otras formas de movimientos han tomado el mundo. La palabra del año fue postverdad (que es parecida pero diferente a la vieja mentira). La psiquiatría es una disciplina (y un saber) que piensa la complejidad de realidad/ficción, verdad/mentira, desde su nacimiento.

¿Cómo modificará la clínica de los delirios la era de la postverdad? ¿Cuáles serán las consecuencias de la caída de la realidad consensuada?

Vamos a desarrollar estos temas en las próximas ediciones. Hoy, por lo pronto, presentamos una nueva edición de relatos y poemas de autores contemporáneos. La selección no ha sido tan azarosa: hay textos que hablan del fetiche, del bullying al hijo de dos superhéroes, del sadismo de la mamá del elefante trompita, de la demanda histérica en una tribu de caníbales, de la rumiación obsesiva de un cura, de lo siniestro de una escuela vacía en vacaciones, de perversión, de la ciencia disciplinadora (¡y zombies!), de las pérdidas y de la neurosis literaria.

Nos volveremos a encontrar en el otoño, con un nuevo número de ATLAS y la publicación de nuestro primer libro en papel: “Atlas de los fenómenos obsesivos”.

MZ

Sumario

Editorial	2
El pelo de la virgen (Federico Falco)	4
Soy el hijo de Sue (Juan Terranova)	13
El último (Mariano Canal)	25
El elefante Trompita (Oscar Fariña)	35
Padre Nuestro (JHF)	39
Sobre mi noche presente (Mercedes Estramil)	50
El gesto del pattern equivocado (César Chavero)	56
Acá había un río y yo lo cuidaba (Francisco Bitar)	64
Las barbies nunca pesan (Rocío Cortina)	82
Cierre	95

ATLAS Año 3 N° 11 . Febrero 2017. ISSN 2362-2822

Director: Marcos Zurita. Co-director: Javier Fabrissin. Autowahn Editora.
Capítulo de Interconsulta y Psiquiatría de Enlace Asociación de Psiquiatras Ar-
gentinos. Lectores: maildeatlas@gmail.com

Av Belgrano 1431 1 "8" C1093AAO C.A.B.A. TE: 4383-6123 /
mail: autowahn@gmail.com

El pelo de la Virgen

Federico Falco

Durante muchos años, desde cuarto hasta séptimo grado, estuve enamorado de una chica de pelo muy largo. Se llamaba Silvina y se sentaba siempre en la primer fila de bancos, lo más cerca posible del pizarrón, porque era un poco corta de vista. No era la chica más inteligente del curso, ni la más aplicada; tampoco era la más linda, esa chica de la que todos los otros varones estaban enamorados y que se llamaba Anahí Mara Olinda Rodríguez (las siglas de su nombre formaban la palabra “AMOR”). Silvina era rara, un tanto extraña y muy rubia. Tan rubia que, a veces, en los veranos, el cloro de la pileta del club le decoloraba mechones enteros de pelo y se los teñía de un blanco verdoso parecido al color de las algas secas.

Silvina siempre usaba el pelo suelto, partido al medio. Lo tenía tan largo que casi le llegaba a la cintura. Las mañanas de viento lo llevaba recogido pero el resto del tiempo su cabellera caía lisa sobre sus hombros y terminaba con un corte neto a la altura del cinto del guardapolvo, como si para guiar la tijera la peluquera que lo emparejaba hubiera usado una regla. El pelo de Silvina era perfecto y en el curso, nadie más que yo estaba enamorado de ella y yo la amaba en secreto.

Hasta que un día Silvina llegó a clase rapada a cero. Una pelusa dura, de no más de medio centímetro de alto, se erizaba sobre su cuero cabelludo. Silvina entró a la escuela con la cabeza descubierta y recién se calzó un sombrero cuando estuvo segura de que todos ya la habíamos visto y de que el comentario ya había recorrido los dos patios, el de varones y el de niñas, y los pasillos y las aulas y la cocina donde las maestras y las porterías tomaban café o fumaban en los recreos. Sólo entonces, Silvina se puso sobre la cabeza un sombrero de hilo blanco y ala ancha, tejido al crochet, que a un costado llevaba pegada una flor de color celeste, también tejida al crochet.

No parecía estar avergonzada de haber perdido su pelo. Al contrario, Silvina parecía orgullosa de ya no tenerlo. Mantenía la frente alta y miraba directamente a los ojos, desafiante, a quién se animara a enfrentarla. Eso sirvió para que nadie le hiciera preguntas y para que yo me enamorara aún más de ella.

A partir de ese día empecé a soñar que la cabeza pinchuda de Silvina me recorría bruscamente la piel y me refregaba el pecho como un cepillo friega una mancha en la ropa sucia. Oleadas de vibraciones me recorrían y el cuerpo se me llenaba de calores. Soñaba que un montón de cabellos rubios y desordenados se colaban por entre mis sábanas, que me atrapaban y me aturdían. Yo los mordía sin decir una palabra, disfrutándolo. Lo mascaba como se masca el pelo, con picazón y con enredo.

Todavía no entendía qué era lo que me pasaba y me despertaba mojado y con las sábanas hechas un lío. Lleno de vergüenza, tenía que correr a limpiarme cuidando de no despertar a mi hermana, que estaba a unos pocos metros, en la cama junto a la mía o a mi papá y mi mamá, que dormían en la pieza de al lado.

Por esos días, en la escuela corrió el rumor de que Silvina se había cortado el pelo para ofrendarlo a una Virgen milagrosa. Se decía que Silvina tenía un hermanito enfermo y que le había regalado el pelo a la Virgen para que lo sanara y lo

protegiera. Yo tomé el rumor como verdadero y me desesperé. En algún lugar me esperaban sus cabellos. Necesitaba por lo menos uno, para prenderlo a mi pecho, para recordarla por siempre. Así que me armé una lista de capillas e iglesias de la zona que podrían contener Vírgenes capaces de salvar hermanos moribundos y empecé por recorrer las más cercanas. Encontré figuras de yeso sólidas, altas y que por ningún costado hubieran aceptado apliques de pelo humano. Al otro lado de las vías, en una ermita donde el culto principal era un San Roque inmenso custodiado por un perro gris de ojos mal pintados, descubrí una Virgen pequeña escondida en un altarcito lateral. Tenía cabello humano, pero negro y envejecido: ese no era el pelo de Silvina.

A pesar de que se volvía infructuosa, no desistí en mi búsqueda. Amplié mi radio de acción, agregé altares a la lisa, hice más averiguaciones. Después de un tiempo y bajo secreto de confesión, le pregunté por la Virgen a un cura viejo, que había venido a ayudar al padre Porto con la novena de San José y él me contó que mucha gente había comenzado a creer que una imagen muy antigua, en la capilla de una estancia cercana, hacía grandes cosas si uno pedía con devoción. Me dio el nombre de la estancia y me indicó cómo llegar. Antes de absolverme por mis pecados, el cura me regaló un rosario y una estampita y me deseó buena suerte. Yo agaché la cabeza y dejé que me bendijera sin decir una palabra. La búsqueda había finalizado.

Llegar hasta la Capilla donde Silvina había dejado su pelo no era cosa fácil, había que organizar la excursión con muchísimo cuidado. Iba a tener que recorrer quince kilómetros de camino de tierra, cruzar un arroyo en el que no había puente y guiarme por mí mismo en una maraña de potreros y alambrados semi derruídos. El único modo de locomoción con que contaba era una bicicleta vieja, heredada de un primo y que tenía las dos gomas pinchadas. La tuve que llevar al ciclero y pagar la compostura.

Partí un sábado a la mañana, temprano. Había pasado

bastante tiempo desde la última lluvia y los caminos estaban llenos de tierra. Las ruedas de la bicicleta se hundían en el guadal, pedalear se hacía pesado, y en algunos lugares era mejor bajarse y avanzar a pié. Cada vez que pasaba una chata o un camión se formaban nubes de tierra que tapaban el camino y que durante minutos enteros me hacían perder en una neblina densa y seca. El guadal se me pegaba a la piel transpirada y yo emergía de las nubes con la ropa, las orejas y el pelo cubiertos de barro.

Al llegar al arroyo paré a descansar y me comí un sándwich de milanesa que había llevado en la mochila. La corriente lenta me salpicaba los tobillos y, en el agua, un cardumen de mojarritas grises esperaba por las migas que de tanto en tanto dejaba caer. Ahí, entre el barro fresco de la orilla, me toqué sin hacer ruido, pensando en el pelo ya cercano y bendito. “Silvina”, dejó mi boca escapar su nombre, al quebrarme. Salpiqué el agua con dos o tres gotitas débiles que al contacto con el líquido se solidificaron y se volvieron blancas. Antes de que precipitaran hacia el fondo, las mojarritas las engulleron una a una y escaparon veloces.

Después seguí pedaleando. En el último tramo del camino me encontré con una vaca suelta y su ternero y, un poco más allá, con un gato marrón y negro, de cola muy larga. El gato me miró un rato desde la cuneta polvorienta y se escabulló entre los yuyos altos y secos que crecían junto al alambrado. Supuse que se trataba de un gato perdido, o de un gato ermitaño.

La capilla apareció poco a poco, escondida detrás de una curva. Era muy vieja y parecía abandonada. Frente a ella, un recuadro tapiado y lleno de malezas delimitaba el cementerio: por entre los yuyos se alzaban las puntas herrumbradas de las cruces más altas. Una hilera de cipreces cimbraba en el viento. Uno o dos se habían secado y otro, partido por la mitad, seguía creciendo inclinado sobre un panteón.

La puerta de la capilla estaba cerrada con candado. Justo

al lado de la cerradura, metido en un folio transparente pegado a la madera con chinches, un papel informaba que las misas eran domingo de por medio, a la una de la tarde. Hacia un costado, por una escalera de piedra, se subía al campanario. A la campana le faltaba el badajo. Estaba atada con alambre al crucero del cual se sostenía. Sobre uno de los últimos escalones encontré un pedazo de hierro y di dos golpes fuertes en el canto mellado. Seis o siete palomas aletearon entre los cipreces del cementerio, lo sobrevolaron armando un círculo en el cielo y después de un rato volvieron a posarse sobre las tumbas. Dentro de la Capilla se escuchó un rumor de ratas corriendo por las vigas. El alambre que ataba la campana al madero gruñó como si estuviera a punto de cortarse. Después, regresó el eco y, después, todo volvió al silencio.

Bajé y rodeé la capilla sin encontrar otra puerta más que la del atrio. Dos de las paredes tenían ventanas, pero cerradas a cal y canto, o clausuradas desde hacía ya muchos años. Estaba a punto de robar una cruz del cementerio para forzar con ella la puerta cuando por el camino apareció una vieja secándose las manos con el delantal.

¿Usted tocó la campana?, me preguntó.

Respondí que sí y que venía a ver la Virgen. La vieja sonrió

Linda la devoción de alguien tan niño, susurró mientras hurgaba los bolsillos de su vestido. Encontró una llave, sacó el candado y abrió las puertas de la capilla de par en par.

Cuando se vaya toca de nuevo y yo vengo a cerrar, dijo antes de dejarme solo frente a la oscuridad fresca.

La Virgencita estaba al fondo, en una casulla de vidrio. A cada lado, hileras de bancos apolillados armaban un pasillo que encaminaba hacia ella. Era una Virgen morena, bajita, de cara muy dulce. En los brazos tenía un Niño Dios sin corona, caído un poco hacia atrás. La cabeza de la Virgen estaba cubierta con una mantilla blanca. Esquivé un reclinatorio y me acerqué. Abrí con cuidado la puerta de la casulla, que chirrió.

Encasquetada sobre la mantilla, fijándola, descansaba una pequeña corona plateada. Miré hacia atrás y encontré la resolana de la siesta reflejándose sobre las baldosas rojas y, más allá, el campo vacío y el cementerio en silencio. Saqué la corona y la dejé a los pies de la Virgen. Después, lento, muy lento, levanté la mantilla.

Alguien había hecho un nudo con un piolín en medio del manojito de pelo rubio. El nudo formaba la raya en el peinado de la Virgen. Cada mitad del pelo caía hacia uno de los costados, como un manto suave, que enmarcaba la cara de arcilla y se extendía sobre el vestido de tafetán celeste. Una tachuela escondida aseguraba el cabello a la cabeza de la Virgen. Acaricié temblando ese pelo brillante. Lo acaricié de nuevo. Sentí que iba a morir de placer. El cabello que por las noches me rodeaba, atrapándome y haciéndome gemir en sueños, ahora estaba en mis manos, para siempre.

Un ruido leve me arrancó del éxtasis. Me volví; la capilla seguía vacía. Desde el púlpito, adosados a la pared, dos angelitos cachetudos me miraron con ojos ciegos. Me quedé muy quieto. Esperé un minuto largo y el sonido no se repitió.

Habría sido una rata, pensé y, rápido, de mi bolsillo, saqué la tijera. Corté el cabello al ras, junto al nudo y la tachuela y la Virgen quedó pelada. Volví a acomodar la mantilla sobre su cabeza. La dejé caída un poco hacia delante, para que nadie notara la falta y apoyé la corona diminuta tal como la había encontrado.

Al retirar la mano rocé sin querer la cabeza del Niñito Dios y la Virgen se tambaleó. Intenté sostenerla por la base del vestido. Mi mano se aferró a la tela pero debajo de ella no había más que aire y la Virgen bailó sobre sí misma, como un trompo ya sin fuerzas y a punto de caerse. Fue apenas un segundo pero se me hizo eterno. Después, enseguida, la Virgen se aquietó y quedó parada. Di gracias a Dios. Con intriga, levanté hasta la cintura el vestido celeste y pude ver que el cuerpo de la Virgen no era más que un palo sin barnizar clavado sobre una base de madera. Arriba, el tronco se incrustaba en la

cabeza de arcilla pintada y hacía las veces de cuello. Más abajo, los frunces del vestido imitaban una figura rolliza y maternal, disimulando con bombés de tela celeste el esqueleto pobre.

Todavía sorprendido dejé caer la falda y acomodé el manto. Tenía en mi bolsillo el manojito de pelos y nada más me importaba.

Cerré la casulla, me persigné y corrí hacia afuera. Antes de montar la bicicleta hice sonar un par de veces la campana y desaparecí a toda velocidad por el camino. Llegué a casa a la tardecita, justo cuando mis mamá empezaba a preocuparse. Esa noche, en mi cama, me metí el montón de pelos adentro del calzoncillo. Sentí como me cosquilleaba en la entrepierna y como se escurría hacia mi ingle. La cara de la Virgen se dibujó en mi memoria, y con una mano repetí el gesto lento de levantarle el vestido. Entonces el pelo terminó de rodearme y me dormí así, humedecido y perfecto.

Pasó el domingo y no veía la hora de que llegara el lunes, para ir a la escuela y ver a Silvina. Pero el lunes Silvina faltó a clases. Cuando la maestra entró al aula su banco, bien adelante, seguía sin ocupar.

Silvina no ha venido a la escuela, dijo la maestra con cara apesadumbrada, porque ayer falleció su hermanito.

El grado la miró en silencio. Yo bajé la cabeza.

No tienen qué preocuparse, siguió. Era un bebé y se ha ido derecho al cielo. Ahora nos cuida desde allá.

¿Por qué se murió el hermanito de Silvina?, preguntó alguien desde el fondo del aula.

Nació muy enfermo, pero ustedes no piensen en eso. Ustedes son chicos sanos e inteligentes y ahora me van a mostrar los deberes que hicieron para hoy, contestó la maestra.

¿Pero la Virgen no iba a salvarlo?, preguntó alguien más, también desde el fondo.

¿Silvina no le había llevado el pelo de regalo, para que la Virgen lo salvara?, se sumó otro de mis compañeros.

La maestra, esta vez, no supo qué contestar.

Más manos se levantaron. Todos, menos yo, tenían preguntas para hacer. La maestra respondió algunas. Al final, nos pusimos de pie, nos tomamos de las manos y rezamos un Padre Nuestro.

Cuando terminamos yo estaba llorando.

Me sequé las lágrimas en secreto, con el borde del guardapolvo.

Ni bien arriaron la bandera y la señorita directora nos dejó partir, corrí a casa. Había escondido el pelo en el fondo de mi mesa de luz, envuelto en una bolsa de nylon. Agarré el atado y lo puse en mi mochila. Pedaleé a toda velocidad hasta llegar a la plaza. La iglesia tenía las puertas entreabiertas. Me metí en silencio y caminé entre los bancos, rumbo al sagraio, donde una lamparita eléctrica con forma de cirio titilaba continuamente. A un costado, en un altar lateral, había una Virgen de manto blanco y dorado. A sus pies, entre cabitos de velas y un ramillete de flores plásticas, dejé la bolsa de pelo.

El sol quemaba cuando salí de la Iglesia y su resplandor me encegueció por un momento. Cabrera emergía de la siesta. Frente a la casa velatoria, del otro lado de la plaza desierta, se había organizado una procesión de autos. La encabezaba un coche largo que cargaba el cajoncito rodeado de coronas y palmas. Detrás, en otro auto negro, iban los padres de Silvina y una de sus abuelas. Más autos, camionetas y un Rastrojero los seguían en fila india. La caravana rodeó lentamente la plaza. Al pasar frente a mí, pude entrever, detrás del vidrio del segundo de los coches, la cara de Silvina. No lloraba. Miraba hacia delante con ojos duros. Parecía enojada.

Yo no supe qué hacer y levanté la mano para saludarla.

Ella no me vio y el cortejo siguió de largo, camino al cementerio.

Federico Falco (Cabrera, 1977). Publicó los libros de cuentos “222 patitos”, “00” , “La hora de los monos” y “Un cementerio perfecto” además de la nouvelle “Cielos de Córdoba”.

¿Por qué elegimos “El pelo de la Virgen”?

Por ser una historia genial acerca del fetichismo, el despertar sexual y las vírgenes perdidas en medio de estancias abandonadas.

El pelo de la Virgen fue extraído de “222 patitos”,
Eterna Cadencia, 2014.



Soy el hijo de Sue

Juan Terranova

Mi nombre es Jack. Mis amigos chinos me dicen Jack-The-O. Mis amigos latinos, Jacko. Nadie va a hacer una película sobre mi vida. Aunque quizás, si tenés una buena colección de viejos comics, me recuerdes como El vástago de los cuatro fantásticos. Yo nazco hacia el final y mi madre, Susan Storm Richards, no tiene un gran desempeño en la historia. Se supone que se la pasa todo el tiempo en una cama de un hospital de Long Island. Los médicos dicen que su sangre fluye invadida por radiaciones producto de los impulsos cósmicos que transformaron a mi familia en los cuatro fantásticos. (Decir “familia” no es errado pero quizás sí demasiado generoso.) En El vástago de los cuatro fantásticos, mi padre, mi tío Johnny y el viejo Ben viajan a la Zona Negativa a buscar un cilindro de control lleno de antimateria para curar a mi madre y así garantizar mi correcto nacimiento. En la Zona Negativa –un lugar llenos monstruos y paisajes psicodélicos– combaten contra Annihilus, el destructor, un tipo bastante sádico con cara de pescado y alas de murciélago. Con ingenio y fuerza lo vencen y vuelven justo a tiempo para que el final sea feliz. En el álbum que retrató esta aventura –desconozco los pormenores y su veracidad– mi madre y yo aparecemos recién en las últimas tres viñetas cuando todo se soluciona. A mí me pueden

ver una sola vez de frente, y en las otras imágenes soy apenas un grupo de sábanas blancas enrolladas. Mi madre, la mujer invisible, aporta muy poco en esta aventura. Hasta la pelirroja que en esa época andaba con Johnny tiene más líneas de texto que ella.

Durante su adolescencia mi madre fue la rubia espigada de América, la conservadora damita criada entre el látigo y el pan recién horneado que todo hombre de bien quería tener regando las plantas del jardín a su vuelta de Corea. Pero a principios de los 60 la cosa cambió. La pequeña Susan desarrolló sensuales curvas, se mudó a Nueva York para estudiar una carrera que nunca empezó y muy rápido se volvió loca por un científico ya cuarentón. Los dos, con Ben y Johnny, se fueron a pasear en cohete, una famosa lluvia cósmica los interceptó y cuando volvieron a la tierra ya tenían los poderes que todos conocen. Al rato, entonces, nací yo, sin poderes. Un chico normal más en el mundo.

Para los super, había muchísimo trabajo a fines de los 60 y todo era vertiginoso. Crecí viendo cómo mis padres aparecían en las tapas de los diarios. Explosiones, robos a joyerías, autos cayendo al vacío, un puente colapsando en Brooklyn o en New Jersey. Víctor Van Doom tratando de dominar al mundo. Pero los Cuatro Fantásticos y muchos de sus amigos trabajaban para impedirselo. Así que, si no estaba en la calle transformándose en paracaídas o estirándose para salvar a un bebé de un incendio, mi padre se la pasaba en el laboratorio. Johnny hacía estallar las naves de los malos en el aire como si fueran de papel. Ben tiraba cinco o seis paredes abajo por semana mientras decía algo gracioso; y muy cada tanto un ham-pón disparaba con una anacrónica ametralladora Thompson sobre un grupo desprevenido de gente y las balas se detenían en el aire. ¿Qué había pasado? Sue Storm se dejaba ver. Oh, sí, su famoso campo de fuerza había salvado preciosas vidas humanas. Y todos los viernes sin falta mis padres suspendían, solo por un rato, la lucha contra el mal y la vieja guardia se reunía en casa. Bebían, hacían planes, se relajaban y recibían a

los más jóvenes. Desde el primer veterano hasta el más reciente héroe tenía una o dos anécdotas clásicas y una o dos anécdotas nuevas. ¿Quién podía esperar lo contrario? A las cuatro de la tarde, entonces, yo los esperaba afuera, sentado en la escalera de entrada. Empezaban a llegar recién dos o tres horas después, y a los que no me conocían les informaba: “Soy el hijo de Sue, la mujer invisible.” La mayoría me sonreía y algunos me acariciaban la cabeza. Recuerdo que decía la frase con orgullo: “Soy el hijo de Sue, la mujer invisible.” ¿Por qué no decía: “Soy el hijo de Reed, el señor fantástico”? Bueno, papá pasaba poco tiempo conmigo. En realidad, como dije, vivía metido en el laboratorio y solamente salía para luchar y agarrar a los malos. En mi memoria, su imagen no difiere mucho de la imagen que todos tienen de él. Un tipo alto, serio, usando una bata blanca, las franjas de pelo canoso sobre las orejas, la mirada fija en un tubo de ensayo con los ojos protegidos por gafas de seguridad. Las contadísimas veces que me llevó al laboratorio se la pasaba diciendo: “No toques eso, Jack, es peligroso”, “Eso no es para jugar, Jack”, “Cuidado con lo que hacés, Jack.” Mientras tanto mi madre se ocupaba de la casa, me ayudaba con la tarea, cocinaba, lavaba la ropa, me llevaba al colegio y cada tanto se ponía su traje azul porque mi padre la pasaba a buscar para luchar juntos contra el crimen. El traje azul le quedaba realmente hermoso. Resaltaba todo lo bueno que tenía y escondía lo malo.

Como fuera, de los supers que me saludaban los viernes, Ben fue el único que me miraba sin alegría, con una resignación que por mi edad yo no terminaba de captar. Un día se me acercó y me dijo: “Niño, tienes buena suerte.” Alguien me contó que terminó con un puesto de capataz en una cantera de Tulsa. Siempre se portó de manera honesta y agradable conmigo. Que Dios lo bendiga.

Siguiendo con mi historia, tengo que decir que lo bueno no siempre dura. A principios de los 70 mi madre, al parecer, empezó a sentirse disconforme con su rol dentro del grupo. Decía que se la relegaba, que no la tenían en cuenta. Vinien-

do de una heroína con su poder, era esperable. Ella siempre había dicho que el reparto de poderes había sido tendencioso. Con sorna comentaba que esa lluvia ácida había resultado “bien americana.” Un día le pidió a mi padre que diseñara una máquina para cambiar cada tanto de poderes. ¿Por qué no democratizar un poco las cosas? Insistía con eso. Mi padre se negaba, decía que era peligroso, que no se podía. Sí, a veces el hombre elástico podía ser muy rígido. “¿Quieres terminar como Ben, con la cara llena de cascotes?” dijo un miércoles mientras cenábamos. Ben lo escuchó. Fue bastante incómodo.

Y para esos días también Johnny comenzó a tomar distancia. Su paso por Vietnam lo había lastimado. Ya no era un irónico treintañero que vivía de fiesta en fiesta y de aventura en aventura. Taciturno y desganado, se pasaba las noches en la calle, a veces incluso en el callejón de atrás, tirando chispas a la oscuridad. Un día una mujer apareció en la televisión con la cara quemada y lo hizo responsable. El Departamento de Estado lo protegió. Los super no sabían qué pensar, pero cerraron filas. La opinión pública reaccionó mal. No creo que mi tío Johnny haya quemado a nadie que no fuera un enemigo o un objetivo militar, pero el hecho de que eso ocurriera, de que una loca con las orejas chamuscadas se animara a acusarlo en prime time, marcaba el final de una época.

Johnny se fue a pasar un tiempo a Canadá –todos estuvieron de acuerdo en que era lo mejor– y mi madre le empezó a echar la culpa de todo a mi padre. Le decía que no nos cuidaba, que seguía metido en sus experimentos, que sus convenios científicos con el gobierno eran una vergüenza. Siempre citaba a la pobre gente de Harlem y del Bronx, que cada día sufría más asaltos y más violencia, mientras él y sus amigos se dedicaban a hacer dinero y a ignorar los verdaderos problemas. A mi padre, tan racionalista, tan blanco, tan años 50, esos exabruptos no le gustaban nada. Una vez escuché cómo le decía a Ben que Sue lo distraía de sus proyectos, que lo hacía perder el tiempo, que ya no colaboraba con nada. No me resultó extraño que finalmente un día el hombre de goma se fuera con

otra mujer, más joven y sin tanta historia, a recorrer la galaxia en su nave de protones (o lo que mierda manejara en ese momento). Si me preguntan a mí, hizo bien en escapar. Nosotros nos mudamos a San Francisco.

En la Costa Oeste nos esperaban las panteras negras, los hippies, el rock y cuartos de hotel muy sucios sin calefacción ni agua caliente. Mi madre tardó dos años en gastarse el dinero que le había sacado a mi padre. Todo ese tiempo se lo pasó dopada, tirada en la cama, deprimida, mirando televisión y llorando. Yo no veía a mis abuelos, ni a ninguno de los super, ni a nadie. En el colegio, era el newyorker blanco, hijo de científicos. Mi madre no me había anotado en una institución exclusiva ni nada parecido y la parte más red-neck de la clase se empezó a ensañar conmigo cuando descubrieron quién era. Se sabe: los adolescentes pueden ser muy crueles. Me insultaban todo el tiempo. Siempre era motivo de alguna broma o algún comentario. “Ey, ¿de qué color es el culo de tu vieja?” “¡No puedo encontrar la boca de la madre de Richards! ¡No sé dónde acabar!” Para peor, lo único que sacó a mi madre de la cama y las pastillas fue un grupo de feministas obtusas que había elegido su nombre en un local de disfraces. “La liga de las Amazonas” era kitsch incluso para alguien que alguna vez había sido una super de segunda línea.

Las Amazonas se dedicaban a repartir panfletos, a las marchas pacifistas y a la fornicación lésbica. Susan Storm Richards se integró en varias de estas actividades. Cada tanto algún “amigo de la vieja guardia” aparecía en televisión, pero Sue prácticamente se había retirado de la lucha contra el crimen. Decía que estaba peleando “en otro nivel.” Pero la verdad es que ella nunca había sido gran cosa sola. No se trataba solamente de que no había forma de compararse con la inteligencia de mi padre, la velocidad de Johnny o la fuerza de Ben, sino que ella no era ejecutiva. Si no se lo ordenaban, muchas veces no sabía qué hacer. Fíjense, está en las historietas. Siempre hace lo que dice mi padre. Por eso no me extrañó lo que pasó esa noche fatídica. Era verano y un hombre que salía de un bar le dijo una

guarrada a una de sus amigas. ¿Cómo reaccionó mi madre? Lo molió a golpes con su campo de energía. Que te peguen con un campo de fuerza puede ser muy doloroso. El tipo era negro y estaba borracho. Cuando, un par de días después, se le diagnosticó un ligero retraso mental como consecuencia de la golpiza, la mujer invisible volvió a aparecer en las noticias pero de la peor manera. Después de haberme pasado mucho tiempo pensando en ese incidente creo que el problema fue que el tipo no le dijo la grosería a ella, a mi madre, sino a la amiga, que era joven y tampoco entendía muy bien de qué iba la cosa.

No, esa no fue una buena época. Yo comía muy mal. A los trece años, si no me hacía el desayuno, no desayunaba. Fue un lento y áspero aprendizaje. Johnny me giró algo de dinero desde Canadá. Nunca me escribió, apenas giraba el dinero. Igual fue un buen gesto. Me hice un poco más astuto cada día. Empecé a decirles a los chicos en la escuela que podía hacerme invisible. Los llené de paranoia. Si las chicas se reían de mí, les daba a entender que podía entrar en los vestuarios cuando quisiera y espiarlas y tocar su ropa interior mientras se bañaban. Con los varones intenté ser más cruel. Un día que llenaron mi casillero de basura, identifiqué a uno de los culpables y le dije que iba a escupir en todo lo que tomara y comiera en la cafetería. Le describí la cocina del colegio, le dije que siempre caminaba desnudo entre las ollas. Esto los mantuvo a raya por un rato pero cuando volvieron a meterse conmigo dije que los iba a espiar a ellos, a sus padres, a sus hermanos, que me les iba a pegar como un duende vengador y que después iba a fotografiar todo. “Puedo poner un clavo en tu asiento, puedo cambiarle las pastillas del corazón a tu abuelo y verlo morir, puedo tapan las cañerías de tu casa y asfixiar a tu perro con mi campo de fuerza, puedo hacer que jamás logres graduarte de este colegio de mierda cambiando tus notas sin que nadie se dé por enterado.” Tenía razones para estar enojado. Me ayudaron un par de casualidades. Por ejemplo, el auto familiar de un compañero de clase especialmente bravucón se despistó por la lluvia un domingo y chocó de costado con un poste de luz. Fue

una suerte porque del otro lado había un barranco de veinte metros de profundidad. El accidente no tuvo consecuencias, más allá de algunos golpes. Y todos pensaron que había sido yo. Después de eso, me adjudicaron otras acciones, reales o inventadas. Me empezaron a respetar. Así y todo, nunca nadie se refirió a mí como “chico invisible.” Fue una forma suave de aliviar la presión que dominaba mi vida, pero me hizo sentir bien.

Un día esa paranoia que generaba en los demás se dio vuelta y me mordió como una serpiente que uno agarra por la cola. Con parte del dinero que me mandaba el tío Johnny me había comprado una guitarra. Mi madre nunca estaba a la tarde y yo tenía esa guitarra y una radio vieja como únicas amigas. Pasaba horas solo, escuchando programas de blues o tocando. Nunca me animé a cantar. Mi madre siempre volvía enojada con el gobierno, con la policía, con otros activistas y se la agarraba conmigo. Empecé a escabullirme. Y el truco de irme antes de que ella llegara –no se puede decir que fuera algo muy sofisticado– funcionó hasta que un día sentí algo raro en mi habitación. Estaba tratando de sacar un riff de Black Sabbath. Me acuerdo que fue como una tos. Menos que una tos, fue un suspiro, una inhalación. Menos que eso, fue apenas una presencia. A los quince años uno quiere privacidad, la necesita. Y yo me había acostumbrado a estar solo. Así que empecé a pensar que mi madre me espiaba. Algunos días me animaba a recorrer la casa, fingiendo cierto aire de indiferencia, tanteando lugares por los que nunca pasaba, haciendo movimientos bruscos, impredecibles, siempre con el miedo de tocar algo. Otros días me despreocupaba, si la mujer invisible quería recorrer la casa como un fantasma, era problema suyo. Pero esos días eran poco frecuentes y siempre cerraba mi cuarto con llave.

Una tarde de abril, una chica del barrio me interceptó cuando volvía de hacer las compras. Hablamos un rato. Yo no entendía bien por qué me sonreía. Lo volvió a hacer un par de veces más. Siempre nos encontrábamos en la puerta de

mi edificio. Era alta, flaca, huesuda y tenía cara de loca. Un día, sin que yo entendiera muy bien cómo, terminamos en mi cuarto. Ella se había sacado su remera rosa y me besaba. Su piel tenía olor a jazmín. Apoyé mi lengua en sus pezones y ella me desvistió con suavidad. Estábamos en la mejor parte cuando escuché algo en la cocina. Seguí adelante, pero al otro día falté a clases y llené de harina el suelo. Un truco más viejo que el miedo. Pasaron dos días. Volví a sentir alguna presencia indeterminada mientras me cepillaba los dientes o lavaba los platos. Cuando la tercera noche descubrí a mi madre, de rodillas, intentando esnifar la harina que yo había esparcido en el dintel de mi puerta comprendí que debía irme. Me escapé. Tenía diecisiete años.

Me gustaba cocinar así que, después de deambular un poco, encontré trabajo en el barrio chino y alquilé una habitación arriba de uno de los grandes almacenes del puerto. La misma semana que me mudé se desató un incendio a dos cuerdas de donde estaba el restaurante. Murieron siete personas. No hubo ningún héroe cerca ese día. Incluso los bomberos llegaron tarde. El primer mes pensé mucho en mi madre. ¿Qué iba a hacer si un día se aparecía —ese era el verbo— y me pedía que volviera a casa? Pero eso no sucedió.

Una noche en un bar topless me encontré con Duru, el hijo que Johnny había tenido con una de sus novias asiáticas. Éramos primos pero eso no impidió que él se sintiera atraído por mí y yo por él. Aunque nuestros padres nunca se habían preocupado en presentarnos, enseguida nos entendimos muy bien. Hacía unos años Duru había abierto un taller en el barrio de los muelles y no le iba mal. Antes de explotar como una supernova a fines de los 80, en lo que fue un claro acto de suicidio que todos negaron, Johnny le había enseñado a Duru cómo armar y desarmar una moto y a él le gustaba el trabajo. Esa noche tomamos y hablamos mucho y dormimos juntos. Y la siguiente noche también, y la otra. Y así. Un día empezamos a ir a las reuniones que se hacían para personas lastimadas por superhéroes. Éramos un rubiecito flaco, con cara de niño,

y un mecánico con pinta de luchador de sumo en la primera fila tratando de entender cómo gente que salía tan super en la televisión podía ser tan poco super en nuestras vidas. En las reuniones se juntaba de todo. Por lo general, gente que había perdido un ser querido en un accidente que ninguno de los super había logrado evitar, pero también ex maridos, ex novias, ex mujeres, y muchos otros tipos de parientes confundidos. A los que van a esas reuniones les dicen “colaterales.” No se usa oficialmente pero abrevia mucho las cosas. “Estoy yendo a un grupo. Soy un colateral” decía Duru, sin que se le moviera un pelo. Para mí no era tan fácil. En el grupo había resentimiento, pero también tristeza y bronca. Tratábamos de perdonar y seguir con nuestras vidas. Duru tenía mucho más claro que yo lo que significa ser el hijo “seco” de un gran héroe. “Ellos son diferentes –decía-, ¿te los imaginás trabajando en algún lado? Si podés volar, ¿soportarías que un jefe te grite? Aparte, si no son millonarios o no transan con el gobierno, sus poderes lo único que les traen son problemas y responsabilidades...” Él había pasado parte de su adolescencia en un orfanato del Midwest y como siempre decía “en el orfanato se aprende rápido.” Un día me dijo que se iba a Taiwán porque ya no aguantaba América, con todo su exitismo, su conservadurismo y su opresivo way of life. Quería encontrar a su madre. Lo dejé ir. ¿Qué iba a hacer? La partida de Duru me volvió a dejar solo pero ya estaba acostumbrado. Al hijo de los chinos que llevaba el restaurante no le gustaba cocinar ni estar en la barra. El día que sus padres se jubilaron, me dio una parte del negocio y otro día otra parte y finalmente me lo vendió en su totalidad. Pasé a ser dueño de un pequeño restaurante chino y mi vida se estabilizó. Después de Duru tuve otras parejas ocasionales. San Francisco es una gran ciudad para la gente sensible y sola.

Pasaron unos años. Una noche en la Iglesia me demoré en el último grupo y estaba ayudando al Padre Everett a ordenar un poco la mesa del café cuando sentí una mano en la espalda. Era Sue. Estaba igual. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Diez años? ¿Doce? Nos sentamos en medio del salón vacío. Las sillas

parecían insectos dormidos. Sue me pidió perdón por todo. Se había rehabilitado, estaba trabajando en una ONG y había empezado a ir a un grupo de ayuda de supers más o menos caídos en desgracia. Al otro día dejó la pensión donde vivía y se vino conmigo. Hacía años que se había dado por desaparecido al Hombre Fantástico y juntos empezamos el trámite legal para que ella tuviera lo que le correspondía. Con una parte del dinero, se compró una casa. Quiso comprarme una a mí pero me negué. Todavía hoy sigo viviendo en los altos de mi restaurante.

Quiero terminar diciendo que amo a mi madre y que todos haríamos muy mal en juzgarla a la ligera. Algo que descubrí hace poco es que ella nunca fue feliz con mi padre. Aparte, también hace poco, me di cuenta de que Sue siempre estuvo enamorada del Surfista de Plata. Aun hoy lo adora. En su vida le inventaron varios romances, el más exótico con Namur, un escamoso y atlético príncipe submarino. No digo que no haya habido algo con él, pero la cosa importante fue siempre por otro lado. Algunas tardes, cuando la visito en el Cabo, la encuentro en la cama mirando las fotos. Llego con las compras y ella está en bata con el álbum de las viejas y buenas épocas abierto. Le pregunto qué está haciendo, y ella dice que nada y esconde todo; pero a veces no puede dejar de señalarme a mi padre, a Tony, a Dan, a Steve, y a varios más que no recuerdo o nunca conocí y que a ella todavía le hacen brillar los ojos. Ahora bien, cuando cae en el surfista es diferente. Por lo general, se detiene y dice algo como “y este era el Surfista de Plata.” No mucho más, pero su mirada y su pensamiento se pierden. Supongo que tuvieron algo importante. Digo, algo más allá de la leyenda, más allá de lo que se cuenta, algo secreto. Me imagino alguna fiesta ruidosa de la que se escaparon, algún encuentro en el que prefirieron salir a tomar aire. Se deben haber cruzado y se entendieron como solamente los héroes secundarios pueden hacerlo. Me imagino que ella se volvió invisible y el surfista creó un enorme agujero negro donde ambos cayeron para desmaterializarse por un tiempo que fue eterno mientras

duró.

Ahora Sue Storm Richards se acaba de dormir y yo voy a bajarle el volumen a la televisión. La voy a arropar con una manta de lana que ella misma tejió y que siempre insiste en que me lleve. En cinco minutos me voy a levantar y voy a recoger los platos sucios de la mesa. Mi madre, la superheroína, va a seguir cómoda en el sillón de dos plazas, cómoda y protegida, con las piernas estiradas y una respiración suave y rítmica. Entonces, me voy a relajar y voy a pensar en el restaurante, y en la Bahía que está oscura y en silencio, voy a pensar en muchas otras cosas y es probable que mientras yo pienso ella active su campo de fuerza o desaparezca por algunos momentos reflejando la luz hacia otra parte y haciéndose, en sueños, invisible una vez más.

Juan Nicolás Terranova (Buenos Aires, 1975) . Publicó las novelas *Los amigos soviéticos*, *Hiroshima*, *Mi nombre es Rufus*, *El Caníbal* y *La piel*, entre otras. En el 2016 publicó un volumen de cuentos, *El amor cruel*, de donde se extrajo “Soy el hijo de Sue”.

¿Por qué elegimos “El hijo de Sue”?

Porque es un relato que da cuenta de caídas y resignificaciones. En las últimas décadas del siglo pasado comenzaron a morir los superhéroes. Morir para algunos fue mostrarse mundanos. Para otros, retirarse. Murieron en guiones perezosos, en malas películas. Y mueren todos los días en el emprendedorismo new age, que niega la existencia de la pulsión lexluthoriana del hombre.

“El hijo de Sue” habla de la muerte del ideal superhéroe (la reformulación vacía de lo “super” y del “héroe”), de la función paterna, del bullying, de la devastación de la imagen, de la lucha de clases y de la relación madre hijo. Todo eso.



El último

Mariano Canal

Jueves 25 de abril

Encontraron uno vivo.

O por lo menos uno en condiciones aceptables para servir como objeto de investigación. Me lo acaba de comunicar el Director en persona. Yo ya estaba de vuelta en el camarote, comiendo una cena recalentada hecha a base de las sobras del mediodía y una lata de puré de tomates. Al mismo tiempo repasaba el informe del día anterior elaborado por los puestos del continente. Nada demasiado trascendente: una patrulla se había adentrado demasiado en territorio no controlado y había despertado alarma al no regresar a la hora prevista; la población de un provincia del norte había manifestado su descontento por la escasez de combustible y alimentos; en una chacra de Santa Fe se había denunciado la presencia de un grupo de atacantes pero luego se comprobó que el denunciante era un conocido alcohólico de la localidad y la denuncia fue descartada.

El Director me contó cómo lo atraparon. Lo había en-

contrado de casualidad una patrulla que hacía el control perimetral de un edificio que había sido un nido de atacantes. El más peligroso de la zona norte, un casino recién inaugurado que se encontraba a poca distancia de la costa del río. Fue el lugar en donde apareció una de las primeras oleadas de atacantes, según los testigos que pudieron escapar con vida. De manera coordinada tomaron el casino, que estaba repleto a esa hora, y debido a las pocas salidas de emergencia del edificio se hicieron del lugar con mucha facilidad. Se tardó meses en reconquistar el casino, que se había convertido en un refugio perfecto gracias a su aislamiento y a la cantidad de cuerpos que servían como reserva alimenticia. Finalmente lo incendiaron desde el aire, arrojando un cargamento de explosivos plásticos que habían sido encontrados de casualidad en un depósito del Ejército.

No me contó mucho más. Sólo que el atacante cumple con las condiciones ideales para proseguir los estudios y que ya había sido subido a un tren rumbo al puerto. Mañana a eso de las seis de la mañana la lancha de las provisiones lo va a traer al barco. Estoy bastante ansioso y creo que voy a quedarme despierto hasta tarde preparando los instrumentos para las primeras pruebas. También debería releer los informes preliminares y algo de la bibliografía que nos remitieron desde el continente. En todo caso, es una gran noticia. La primera gran noticia después de ¿cuánto tiempo?

Antes de cerrar el cuaderno veo que escribí al principio la palabra vivo. Es la costumbre.

Viernes 26 de abril

A las cinco ya estaba en la primera cubierta, mirando hacia la costa, hacia la línea de edificios apagados que se recortaban contra el cielo todavía negro. Mucho frío, un viento helado que hacía cabecear el barco y rechinar a los aparejos oxidados. Dos marineros estaban baldeando la cubierta y el olor a lavandina lo invadía todo. En el puerto, ubicado en línea recta al barco, estaban encendidas algunas luces pero no se

veía ningún movimiento.

Finalmente la lancha llegó pasadas las diez de la mañana. Los operarios del tren que transportaba al atacante se habían negado a trabajar y tuvieron que obligarlos a punta de pistola. Después, en el puerto hubo una discusión burocrática sobre la fuerza encargada de subir la jaula a la lancha. El Director tuvo que llamar por radio para acelerar el trámite. Cuando me avisaron que la lancha había llegado yo estaba en el laboratorio preparando las máquinas y revisando que todo estuviera en orden. Subí a cubierta justo cuando la grúa comenzaba a izar la jaula. Estaba tapada con una lona verde y se balanceaba en el aire, a veces hasta estar casi en posición horizontal. Les grité a los operarios del guinche que tuvieran mucho cuidado. Corvalán y el flaquito que siempre lo acompaña soltaron una risotada estúpida y algo así como “no perdemos nada si se cae esa mierda, doctor”.

Una hora después la jaula ya estaba en el laboratorio. Echamos a los curiosos y nos quedamos sólo el Director, dos guardias y yo. Fue impactante el momento de sacar la lona. Ahí estaba: un individuo de un metro ochenta aproximadamente, con sus extremidades superiores e inferiores intactas, vestido con un camisa y un pantalón sucios por donde asomaba una piel amoratada y cubierta de escoriaciones y huecos. En la cara los efectos de la descomposición eran visibles alrededor a la boca y la nariz, también en los mechones de pelo oscuro que se distribuían desigualmente en el cuero cabelludo donde aparecía en varios sitios el color pálido del hueso craneal.

El atacante parecía aturdido por el viaje. Estaba hecho un ovillo en el rincón más lejano de la jaula. Le pregunté al Director si lo habían drogado al subirlo al tren. Me dijo que no le habían informado nada al respecto. Pasaron unos minutos hasta que se puso de pie con muchas dificultades y comenzó a girar sobre sí mismo como orientándose. Después emitió unos sonidos muy graves, entrecortados, profundos, parecidos a los que emiten algunos animales cuando se sienten amenazados. Se quedó ahí, inmóvil por media hora. Yo también estaba in-

móvil. No era la primera vez que veía a uno de ellos, pero sí la primera vez que lo podía observar en una situación controlada y segura. No corriendo entre la desesperación de una multitud o en medio de los disparos de una cacería o de un ataque. Tampoco, claro, en una sala de autopsias mal iluminada como en la que había examinado a tantos otros atacantes muertos. Este estaba ahí, delante de mí, parado sobre sus piernas, emitiendo sonidos, cerrando y abriendo espásticamente los puños. Podía, desde donde me encontraba, sentir los diversos olores que exudaba. Un olor a tierra mojada, a pólvora, a pasto pisoteado que se imponía sobre el hedor que para el olfato menos acostumbrado resultaba, seguramente, intolerable.

El Director se fue y me dejó con los guardias para que comenzáramos los primeros exámenes. Le prometí que mañana le enviaría un primer informe. Ahora voy a empezar a redactarlo. Son las 23:45 y por el ojo de buey veo una luz a lo lejos. Parece ser de una ventana del rascacielos que nunca llegaron a inaugurar.

Domingo 28 de abril

Todo el sábado y hoy hasta recién estuvimos realizando las primeras pruebas y análisis. Resulta difícil trabajar con el atacante. Se necesitaron tres guardias protegidos con trajes especiales para reducirlo. Los primeros datos (altura, peso, medidas craneales, circunferencia del tórax, etc.) nos llevaron más tiempo del esperable. Los guardias ofrecieron sedarlo en varias oportunidades pero me negué, no quiero ninguna condición extraña que altere los resultados. Las radiografías, los análisis de sangre y el electroencefalograma deberían estar hoy a última hora. El electrocardiograma no lo pudimos realizar porque la máquina está rota desde hace meses, y buscar un reemplazo llevaría varios días.

Es extraño como por momentos el individuo parece prestarse mansamente a los tests y de repente reacciona con furia, desplegando una fuerza que los guardias casi no pueden contener. Al final de la tarde lo dejaron descansar y le acercaron un

plato de carne cruda.

Antes de irme estuve observándolo detenidamente. Parece joven, no tiene tatuajes y las cicatrices parecen extrañamente recientes, en los tobillos, en las muñecas, en las axilas. Un individuo sano, un hombre de trabajos intelectuales más que manuales, probablemente. Unos 30 años, 35 como mucho. Todavía se pueden distinguir las facciones que son las de un hombre joven, con frente amplia y mentón un tanto retraído. Los ojos hundidos le quitan al rostro cualquier tipo de expresión facial reconocible, sin embargo por momentos parece tener un rictus de dolor intolerable que segundos después es reemplazado por una expresión parecida a la ira.

Antes de salir del laboratorio, con las luces ya apagadas (solamente quedó encendido un foco que apunta a la jaula) pude ver que se daba vuelta, enfrentando la pared, se agarraba a los barrotes y los hacía temblar.

Lunes 29 de abril

La lancha de las provisiones se atrasó y la radio volvió a romperse. Así que estamos perfectamente incomunicados. Hay alerta de sudestada, eso pasa. De hecho mientras escribo esto escucho las primeras gotas. Va a ser una tormenta fuerte, el viento estuvo soplando desde temprano y el río tiene un color metálico y grumoso.

Discutimos con el Director el informe que le presenté. Tenía algunas dudas sobre un par de resultados pero se las despejé rápido. No tenemos grandes avances todavía y los datos obtenidos son similares a los que ya conocíamos a partir de las autopsias que venimos realizando. Todavía no llegamos al núcleo, me dijo el Director mientras miraba el informe. “Núcleo”, usó esa palabra. Creo que con los datos de hoy mañana voy a tener un panorama más completo sobre el sujeto.

Hoy el informe del continente dejaba leer entre líneas un rebrote de atacantes en la zona de la Cordillera. Eran referencias muy sutiles pero estaba clara la ruptura de la normalidad burocrática del informe. Al parecer hubo un movimiento ex-

traño en un municipio semi rural, se hablaba de un número no especificado de muertos y evacuados. Se mencionaba al pasar una nueva movilización de tropas.

Núcleo. Núcleo.

Jueves 2 de mayo

Recién entregué el informe de avance al Director. Creo que va a estar decepcionado. No por los datos, que están todos perfectamente calculados y que, si son bien leídos, pueden aportar conclusiones interesantes. Sino porque no van más allá de lo material, por así decirlo. Tenemos los resultados de los fluidos corporales, de las ondas nerviosas que cruzan ese cerebro, del pulso que se agita lentamente por debajo de la piel. Tenemos análisis de los tejidos y el cabello. Tenemos las muestras de las biopsias y las radiografías. Pero todo eso no va al punto central. Todo eso no consigue, en realidad, explicar nada.

Por ejemplo, recién estuve repasando los encefalogramas: unas líneas planas interrumpidas de a ratos por unas subidas tan bruscas que sobrepasan el límite de la hoja. Después una caída abrupta y de nuevo la línea plana. Montañas y valles y en el medio una llanura infinita. ¿Cómo se traduce eso? ¿Qué significa esa línea plana que no es la muerte? ¿Qué son esas líneas de serrucho que no dan cuenta de ninguna actividad vital?

Hoy estuve sentado frente a la jaula, solo, toda la tarde. El sujeto se daba golpes contra las rejas, o se quedaba inmóvil, gruñendo. Movimientos espasmódicos que son seguidos por una inmovilidad total para nuevamente, después de unos minutos, volver a una agitación que lo lleva a dar vueltas en círculos, o a caminar hacia las rejas como si no pudiera verlas.

De cualquier forma era un papel en blanco. Un enigma. No podía ver nada más allá de esa cosa que se movía frente a mí. Por debajo de los datos de los análisis bioquímicos y fisiológicos estaba esa figura que se movía y emanaba un olor propio. Un ser que mostraba signos de cierta voluntad, o al menos de reacciones ante la amenaza, ante el hambre o el frío.

Acerqué a la jaula una serie de fotografías para probar su reacción ante ese estímulo. Fotos de paisajes del país, fotos de calles de la ciudad, fotos recortadas de una revista retratando a una familia, fotos de mujeres desnudas, fotos viejas de acontecimientos políticos. Por momentos me pareció captar su atención y escuchar que modulaba en tonos más agudos frente alguna de las imágenes, pero cuando repetía el experimento no se producían las mismas reacciones. Si habla algún lenguaje no es reductible al nuestro. Si tiene alguna percepción no estamos capacitados para descifrarla. O al menos yo no lo estoy.

Fui a cenar con la tripulación. Estaban todos bastante contentos porque se habían restablecido las comunicaciones con el continente y las primeras noticias eran de total normalidad. Después de comer pusieron en la televisión un video de un partido de fútbol. Me quedé un rato mirando y escuchando como los gritos en el comedor se superponían con el sonido de los gritos en la cancha. Era un partido que se había jugado en una cancha con césped muy verde, recién cortado. Los equipos tenían camisetas con mangas cortas y las tribunas estaban llenas. Fue un poco gracioso ver como algunos seguían con incertidumbre las jugadas de un partido que ya habían visto decenas de veces en este último tiempo. Algunos hasta se abrazaban con los goles.

Lunes 6 de mayo

Son las cuatro de la mañana pero quiero anotar esto: me despertó un sueño muy raro, algo inusual porque hace mucho tiempo que no recuerdo nada de lo que sueño. Estaba en la que era mi casa, caía una tormenta muy fuerte y yo miraba la calle desde el ventanal del piso de arriba. Las veredas estaban cubiertas de ramas negras y retorcidas. Pasaba un auto azul que partía en dos olas la calle. Tenía una sensación muy fuerte de comodidad y seguridad. Después veía en la otra vereda a mi mujer con un paraguas violeta destruido por el viento, con los alambres asomando entre la tela. Levantaba una pierna como para cruzar pero no se decidía a hacerlo. Estaba empapada y a

mi me daba vergüenza que me viera mirarla desde la ventana. Después tiraba el paraguas y me hacía una seña que no podía entender. Parecía que se reía.

Miércoles 8 de mayo

Sólo para no dejar en blanco el día: la noticia hoy fue que el gobierno hizo esta noche un espectáculo de fuegos artificiales para festejar la liberación de uno de los últimos territorios tomados por los atacantes. Corvalán nos obligó a todos a ir a la cubierta después de cenar, aunque al Director no lo vi. Nos pusimos junto a la borda a mirar el cielo cargado de nubes bajas esperando que sea la hora del festejo. La mayoría de los hombres estaban muy ansiosos, miraban los relojes y estiraban el cuello desde un punto de la costa al otro. Hubo un retraso y a eso de las doce se escucharon unos estallidos y vimos subir al cielo unos fogonazos rojos y verdes que no alcanzaron gran altura. Subían hasta el nivel de los edificios más altos del puerto, iluminaban por menos de un segundo los muelles desiertos, la maquinaria en reposo y las primeras calles, valladas con alambre de púa. Fue eso nada más, todo terminó en unos minutos. Algunos se quejaron porque esperaban algo más y putearon a Corvalán.

Bajé al laboratorio a buscar unas notas que me había olvidado. Dormía en posición fetal en un rincón de la jaula, replegado sobre sí mismo, hundido en un abismo donde se mezclaban confusamente la extinción propia y la de la especie.

Viernes 10 de mayo

La lancha trajo a un funcionario del gobierno. Me avisó uno de los guardias mientras yo hacía el inventario de la enfermería. Estaban reunidos con el Director en la sala de oficiales. Dos horas después el Director me mandó a llamar. Tenía abierto sobre la mesa el último informe que había redactado (sin avances nuevos) y una carpeta con sellos oficiales. Me preguntó si tenía alguna novedad. Le dije que no, que todo estaba en el informe. Sin levantar la vista me dijo que fuera buscando

una manera de cerrar definitivamente el asunto. Como me quedé callado me miró por primera vez y me dijo: “usted me entiende ¿no?”. Le pedí un par de días más para probar unos nuevos experimentos, le dije que estaba convencido de que podía haber resultados positivos. Terminó aceptando pero cuando ya estaba por salir me dijo: “si usted tiene problemas con eso, se puede encargar Corvalán que no le hace asco a nada”.

La lancha también había traído tres hombres nuevos que volvían de la licencia. Escuché a uno contar que en la ciudad el toque de queda se había alivianado, ahora iba desde las 23 a las 5 de la mañana. También que en algunos supermercados había vuelto a venderse carne vacuna y que la radio pasaba algunos programas de entretenimiento en lugar de sólo canciones y música clásica como hasta ahora. “Está claro que ya quedan pocos”, dijo. El que estaba sentado al lado del que hablaba negaba con la cabeza y después de una pausa dijo que en realidad eso no significaba nada, que su hermano estaba en el ejército y que le había contado que las zonas reconquistadas en verdad eran zonas arrasadas, que no quedaban ahí ni atacantes ni pobladores ni edificios ni animales ni pasto verde ni nada, que eran páramos; que los que volvían apenas podían hablar de todo eso, apenas podían encontrar palabras para describir todo eso.

Domingo 12 de mayo

Escribo: el equipamiento disponible no resulta adecuado para profundizar la investigación con el objetivo de determinar la situación fisiológica y neurológica del sujeto estudiado. Las respuestas observadas indican la presencia de actividad metabólica y neuronal incompatible con lo esperable para un sujeto normal, pero la ausencia de instrumental técnico acorde con esta situación excepcional impide realizar conclusiones que vayan más allá de los primeros pasos exploratorios...

Ya no me preocupa avanzar en la investigación. Escribo eso en el informe como una forma de defensa última y completamente inútil. En pocos días, cuando el Director se canse,

cuando lo llamen por radio desde el continente, Corvalán va a recibir la orden que tanto espera, y con alegría en el pecho va a bajar al laboratorio, va a caminar hasta la jaula y va a cumplir la orden recibida.

El atacante de la jaula y yo, acá en el camarote, con la cortina del ojo de buey cerrada y la lámpara de escritorio iluminado mal, no estamos demasiado lejos. El cruzó una frontera y después deshizo ese camino hasta la mitad, hasta un lugar impreciso, imposible de conocer. Yo no crucé ninguna frontera pero estoy también en la mitad de algún recorrido, en alguna zona no explorada, en un lugar extraño.

Jueves 16 de mayo

Le pedí al Director unos días de licencia. Le dije que tenía que ir a tierra para atender unos asuntos urgentes. Me firmó el papel y me recordó que el tiempo se había terminado. Le contesté que estaría de vuelta en dos días para cerrar definitivamente el asunto.

En el laboratorio vi que la bandeja de carne de ayer estaba intacta. Él estaba tumbado de costado, mirando la pared. La espalda cubierta de costras y manchas apenas se agitaba, resoplaba de manera casi inaudible. Me senté en una silla frente a la jaula, mirando esa espalda castigada, ese cuerpo opaco que no decía nada, o que lo decía todo de una forma incomprendible.

Antes de irme, antes de cerrar la puerta, levanté la mano y, aunque sabía que era imposible, me hubiese gustado ver que en la oscuridad de la celda ese gesto repercutía, que producía algún efecto.

Mariano Canal (Buenos Aires, 1977). Ha participado del volumen de relatos de zombies y política “Vienen Bajando” (CEC, 2011) de donde se extrajo “El último”

¿Por qué elegimos “El último”?

Por el formato de registro científico decimonónico. Porque el hombre es el zombie del hombre.



El elefante Trompita

Oscar Fariña

trompita tiene una trompa
Y las orejas bastante
más desarrolladas que la cola
sin embargo la madre
en su sadismo clásico
va por el fetiche clásico
de los sádicos: la cola
la diana donde el dardo
amenazante del chaschás
dirigirá su atención punzante y caprichosa
sin que importe la brevedad de su objeto
ni logre intimidar a la madre
esa clara invitación a un pifie
que empeoraría más la afrenta
de ser llamada

trompita no debería llamar a la madre
eso lo sabemos todos
¿cómo se le ocurre?

pero trompita no logra contenerse
porque todavía es un infante
y como tal su función
esencial en el mundo es llamar
todo el día a la madre
horadarla en su insistencia
con suavécitos embates
atravesarla como la gota a la roca

y así
la nombra
una y otra vez
con su voz de cartílago y cuero,
baila
con sus orejas la coreografía de su nombre
se ampara de modo inocente
en ese dato incontestable :
él no tiene cola
dispone de colita
el tamaño del apéndice
se achica más todavía

por rección de la rima
(el dios que da forma al universo
que lo contiene en cuatro versos)

y con esa seguridad la llama
esperanzado con el pífie la invita

no está espantando ninguna mosca
no está captando ningún sonido
yo tengo un elefante
que está llamando a la madre

y como eterna respuesta
recibe una amenaza

pues la madre entiende que el hijo
con sus orejas bufonas
de elefante tan poco elegante
el muy descarado
 el muy procaz
 el muy chanchito
en el acto de llamarla está invocando al Mal

Incluido en “El Negro Atari,”
Editorial Gigante/Fadel & Fadel, 2016

Oscar Fariña (Asunción, 1980). Publicó los libros de poesía Mamacha (2008), Pintó el arrebató (2008), El velo hermafrodita de la lengua (2009), Un ballet de policías en el agua (2009), El guacho Martín Fierro (2011), El desmadre (2012) y El negro Atari (2016).

¿Por qué elegimos “El elefante trompita”?

Porque despliega dos valores del autor: versionar un clásico (recomendamos muchísimo El Guacho Martín Fierro, su actualización lumpen del clásico) y enfrentarlo a las líneas ideológicas que los formulan.



Padre Nuestro

JHF

Juega con el anillo, dándolo vueltas con su mano derecha, haciéndolo girar en torno a su dedo anular izquierdo o bien sacándoselo para luego volverlo a poner. Su mirada repta por los listones de madera del piso del altar. Su actitud da a entender distracción, o su variante introspectiva: ensimismamiento. Según las circunstancias, esta última era la que le conviene transmitir –aun cuando conscientemente no estaba en absoluto pendiente de la impresión que transmitía o que le beneficiaba transmitir-, sugiriendo un concienzudo repliegue en reflexiones maduradas a partir del sermón que improvisaba el sacerdote que presidía la Misa. Sin embargo, sentado en esa silla de alto respaldo y de cojín forrado en pana púrpura, a la siniestra de la silla aún más imponente y vacía del sacerdote que, de pie, habla al pueblo cristiano reunido en domingo, sus pensamientos apenas incorporan los contenidos de la lectura del misal y ondean livianos, sin una orientación definida, mezclando ideas de procedencias diversas.

El principal impulsor de su aletargada situación es el cansancio. Habían llegado hacía dos días, y desde entonces venía sosteniendo jornadas intensas, dominadas por la predicación

en el seno de la comunidad parroquial, lo cual necesariamente implicó caminar por calles hastiadas de calor, manteniendo siempre el buen humor y el semblante dispuesto para soportar respuestas ingratas, indiferencia o bien lo opuesto: relatos extensos sobre los lamentos de la vida de parte de creyentes que no cuentan con, o que ya agotaron, la paciencia del prójimo. Desde luego que esos encuentros mágicos con el doliente que quiere recibir el consuelo espiritual, o esas palabras de aliento, o el ofrecimiento de compartir la mesa en algún hogar católico, le permiten justificar toda fatiga física, todo desdén sufrido y, por si fuera poco, le recuerdan lo que el Señor tuvo que padecer en terrenos mucho menos accesibles y decididamente más hostiles. Pero el cuerpo no recibe la recompensa del alma, al menos no todavía, y, en cambio, su lasitud tiende a dominarlo y apoderarse de su cauce mental, haciéndolo errático, disgregado, como si quisiera evocar y duplicar en el plano intelectual la errabunda peregrinación física de los días pasados.

Se pasa la mano por la frente para despabilarse, la refriega con fuerza. Nota su piel grasosa. Es el calor, piensa. Mira hacia los ventiladores adosados a las paredes que zumban raudales de aire. Detecta que por lo menos tres de estos artefactos le dirigen su viento. Son unos mamotretos semejantes a los que solían haber en las paredes de la cantina del Club Adelante de su pueblo natal, compuestos por tres paletas de metal de unos 50 centímetros de longitud y que tienen la peculiaridad de curvarse en la punta, como cimitarras. Tres ventiladores así deberían ser suficientes para no sentir tanto calor, evalúa. Puede comprobar que el viento llega con vehemencia, al punto de agitar las hojas de un arreglo floral que yace sobre el altar. Observa hacia la derecha: el monaguillo, de quien lo separa el sillón vacío destinado al Padre que celebra la Misa, está todo erguido que le permite una prematura cifosis y mantiene su mirada fija, sin ningún parpadeo, con una insinuación de sonrisa que, posiblemente, sea un gesto estático y sin fundamentos. No parece perturbado por absolutamente nada. Mientras escudriña el rictus llamativo del monaguillo es atraído por el

parpadeo luminoso que se desenvuelve más allá, detrás de las filas de asientos del costado del altar. Se trata de una ristra de lucecitas que adornan un enorme pesebre que ocupa prácticamente toda la pared posterior del sector derecho del transepto.

La cadena de luces ondea hacia arriba y abajo entre los inconfundibles íconos: el niño Jesús acostado en una cuna de madera, con los pies al aire, José y María a su lado, reverentes, los Reyes Magos con su trinidad de túnicas y regalos, y unos animalitos (¿un chivo?, ¿una oveja?, ¿una vaca?) reposando en el suelo. Las figuras están apoyadas sobre una especie de tapiz gigantesco de papel crepe de un color marrón claro (o bien sobre una alfombra o género de aspecto delgado) que, a su vez, cubre la estructura que le sirve de base, posiblemente una pila escalonada de bancos.

En su casa, en el puntual 8 de diciembre, después del despliegue verdense del arbolito y de la colocación de las brillantes y coloridas, pero frágiles y peligrosas, bolas de color, su madre sacaba la bandeja plateada, que durante el resto del año se usaba para presentar algún tipo de comida en la mesa, y todos sabían que se prestaba a la preparación del pesebre. Entre los cuatro hermanos buscaban pastitos y ramitas del jardín para cubrir el fondo de la bandeja hasta armar un mullido suelo en el cual ubicar a una Virgen María de pie que aupaba en sus brazos al niñito Jesús y a un José parado a su izquierda, fiel, creyente de sus sueños. Una vez terminada esa sencilla pero trascendental tarea, con suma atención y esmerado pulso transportaban la bandeja hacia los pies del arbolito, donde permanecería hasta después del paso de los Reyes Magos. ¿Qué representaba para él y para sus hermanos la Navidad? ¿Qué implicaba que se celebrara cada año el nacimiento de Jesús? No mucho más que esto: Jesús, el niño Dios, había nacido y, gracias a eso, ellos recibían los regalos que él, el niñito Jesús, les traía (la variante, predominante en la actualidad, que le asigna a Papá Noel esta labor, no tenía tanta ascendencia en su casa familiar, mucho más pegados a las enseñanzas del Nuevo Testamento).

En algún momento toda esa rutina cesó, quizás de una

manera radical que, ahora a la distancia, parece haber sido gradual, regida por el crecimiento y la consiguiente revelación del Gran Secreto sobre la procedencia de los regalos de Navidad. No recuerda que haya habido alguien que se lo dijera ni tampoco que alguna vez realizara un descubrimiento subrepticio, como hallar los paquetes de los regalos escondidos en los estantes de algún ropero. Sólo atesora retazos que podrían reportarse como indicios a partir de los cuales fue construyendo una versión personal del instante tan significativo en que se produjo el develamiento de que los regalos no provienen de un reino celestial sino de los propios padres y familiares.

El concepto de la Navidad como algo mágico, recubierto por un velo de misterio, de promesas que se cumplen en forma de regalos palpables, de un omnipresente e hiperactivo Niño Jesús que se toma el trabajo de acercar hasta el arbolito lo que le corresponde a cada uno, comenzó a desvanecerse de manera larvada. De a poco fue dando lugar a una noción menos infantil, menos fantasiosa, pero aún ligada a las inclinaciones propias de un niño, por cuanto la importancia de los regalos seguía estando, pero ya aceptando que quienes se encargaban del asunto eran sus padres, vale decir su madre. No obstante, lo que antes formaba parte de una dinámica explicable sólo en términos del pensamiento mágico, en el que lo religioso se ligaba lo sobrenatural, derivó en una alegoría, en un simbolismo que se tornó costumbre (y por eso siguió la rutina de los regalos y del arbolito y del pesebre). No hubo escándalos ni decepciones. Descubrió, o quizás construyó el principio de la inexistencia del Niño Dios como entidad real sin que esto representara para él mayores complicaciones. La vida siguió, la vida pudo, aun desapareciendo el estandarte que justificaba y promovía tantas buenas acciones durante el año y que daba un texto que organizaba en su derredor la escenografía navideña.

Aleja su mirada del imponente pesebre y fija su vista en el Cura, que le da la espalda. ¿Por qué está él ahí y no yo?, se pregunta mientras repara que su codo está apoyado en el apoyabrazos del sillón central, apenas invadiéndolo. Escucha

un momento lo que está predicando sobre la importancia de la familia, del respeto a los padres y el respeto de los padres a los hijos y la importancia del perdón, más en tiempos de fiesta para la Iglesia. Yo podría decirlo mejor, piensa, evitaría caer en ese lenguaje empobrecido y pueril, cuya intención es que todo el mundo lo entienda, prosigue meditando, y, sobre todo, no ocultaría las vicisitudes aciagas de la vida cristiana. Podría contarles la parábola de aquel seminarista que animado por la misericordia, y una madre insistente con la carta de si después le pasa algo te vas a arrepentir, acude a la cama del hospital donde yacía su padre enfermo con la intención de perdonarle los malos tratos que ese padre, ahora enfermo, le prodigó durante años y que lo había llevado a un alejamiento inquebrantable. Papá, te perdono por todo lo que me hiciste, le dijo el hijo, y el padre, mirándolo extrañado, le pregunta al hijo: ¿qué es lo que vos me tenés que perdonar a mí? De esa clase de reveses también hay que hablarles a los feligreses, de esas acciones piadosas que no producen el confort espiritual esperable.

En cambio, ¿de qué está hablando ahora el Padre?, ¿qué es lo que verdaderamente está diciendo?, ¿y qué sería de nosotros, de él, de mí, de los aquí reunidos, si, al igual que ocurrió con las infantiles e inocentes Navidades, o con la práctica de la piedad, el fundamento de la homilía, y de toda esta celebración, iniciara un proceso de desintegración, de revelación negativa, como resultado del cual se descubriera que no hay sustento detrás de la Palabra de Dios? No se trataría de una pérdida de fe o de la intervención del Maligno, se dice, sino más bien una sutil comprensión que, sin estrépito ni alarmas, puede promover un movimiento hacia la concepción de que no existe una Figura Divina ni un Espíritu Santo que insufla de sentido la realización de la ceremonia religiosa y, por consiguiente, el altar, los cirios encendidos, la Biblia, pasarían a ser meros artificios, como lo fue el pesebre, el arbolito de Navidad, la intención de perdonar al pecador. Ni siquiera esto implicaría que la Misa se dejara de celebrar, concluye, pero sí que su desarrollo

pasaría a ser una convención que se podría aceptar del modo en que se aceptan las costumbres que pierden su contenido de tanto repetirlas.

Se endereza en su asiento, incómodo, transpirando, dudando entre considerarse blasfemo y abjurador o simplemente alguien que medita sobre su propia fe y la Fe en general. Por delante, las filas de asientos se ven obstaculizadas a su mirada por el imponente mármol del altar y su vestimenta de manteles prístinos que ondean por efecto de los ventiladores como si se trataran de las valvas de algún molusco. Hacia arriba, el alto y vertiginoso ábside de la iglesia tenía su exacto vértice encima de su cabeza, coronando su ingratitud. En el extremo opuesto, el sitio abalconado, reservado para el coro o para algún centenario órgano, se ve lóbrego y profundo, abandonado y con la apariencia poco acogedora de un lugar donde se alojan oscuros seres dedicados a contemplar el alma de los impíos.

Por el modo en que se mueve el oficiante, entiende que el sermón estaba llegando a su final. A fin de cuentas, no había prestado atención alguna. Ya sabe lo que venía a continuación. El sacerdote se sentaría en su gran silla, inclinaría la cabeza en pose de meditación y luego de unos segundos se pondría de pie con envidia para incitar el rezo del Credo. Le horroriza tener que enumerar en voz alta y confiada todas las cosas en las que cree en un momento en el que se cuestiona esas precisas creencias. Piensa, rápidamente, que lo conveniente sería posponer estos pensamientos para más tarde, al menos para cuando terminara la Misa. Su tentativa le sirve a medias, ya que mientras silencia su pensar más conciente, le asaltan frases escuetas, esquelas mentales muy pequeñas y escurridizas aunque contundentes, que le recuerdan sus debilidades de fe. El calor empeora su incomodidad, le otorga más vivacidad a sus sentimientos y la transpiración vaga por su cuerpo semejante a un dedo amenazante que se desliza por la piel. Nunca le habían gustado las sandalias llamadas franciscanas, pero en los días tórridos anhelaba disponer de un calzado más aireado, unas ojotas, unas Crocs, y no los zapatos negros con medias,

el mismo modelo que utilizaba desde sus años de estudiante secundario en el Colegio Mayor.

Se tiene que poner de pie y se ubica por detrás y a la derecha del sacerdote. Se aproxima la parte más solemne de la celebración, el acto mediante el cual se bendice el vino y el pan, produciéndose la transustanciación. El celebrante lee del Misal lo que corresponde al día, con una mano elevada y con la otra peleándole a las hojas que se dan vueltas solas por efecto del viento, interrumpiéndose, incluso confundándose los renglones. El monaguillo, siempre reservado, unos pasos más alejado y mirando al frente de manera impertérrita, comienza a agitarse sutilmente. Su agitación está comandada por un movimiento lateral de sus órbitas oculares, predominando la tensión del reajo, cuya orientación está apuntando hacia él. Comprende que se trata de una pregunta, de un pedido o de una orden que le dirige. Cualquiera fuera la finalidad, todas se relacionan con la perentoria necesidad de resolver la rebelión de las hojas del Misal, con sus sacudones, sus latigazos, sus giros de página.

Desde luego, su primera reacción consiste en una represión, en una inhibición proveniente del concepto que tenía de sí y de su función como cura. Le parece inapropiado, un despropósito, un desaprovecho de su condición que su labor quedara reducida a sostener las hojas para que no se dieran vuelta y que esa fuera toda su participación en la Misa. Puede llegar a aceptar que su procedencia foránea lo fije en un rol secundario, menos participativo. No obstante, en su opinión, el hecho de ser confinado a posar su dedo índice sobre una hoja y levantarlo cuando hiciera falta, roza con lo denigrante, ¿y cómo sostener, cómo justificar un acto de esa índole si el andamiaje eclesiástico con su imposición de jerarquías no tuviera asidero?, ¿cómo tolerar, y al mismo tiempo entender y aceptar, actitudes, órdenes u ocupaciones si la naturaleza misma que dio origen a la religión y que promueve la fe estuviera equivocada? Por lo demás, una lectura estricta e ingenua del Nuevo Testamento, dejando de lado la profusión de concilios pro-

mulgados para reglamentar y perpetuar un círculo de poder que siempre está más allá del pueblo, podría encontrar razones y dichos suficientes para cuestionar muchos de los mandatos y las costumbres instaurados por la iglesia. Al prescindir de las graduaciones y de los reglamentos que le otorgan un sentido a ciertas estructuras que carecen del mismo de manera innata, todo corre peligro de desmoronarse, de visibilizar la fragilidad de los vínculos que sostienen en pie a una determinada organización y, lo que puede resultar aún más lamentable, de evidenciar el absurdo de aquello que, hasta unos momentos antes, podía pasar por indispensable, incuestionable y, especialmente, por fundamento de la propia existencia.

Todo esto pasó en menos de un segundo por su cabeza. Comprende que esa mirada despreocupada en torno al altar que terminó siendo capturada por el pesebre inició una debacle de dudas, que comenzó en lo espiritual y declinó hacia terrenos algo más amplios. Le dirige un vistazo al monaguillo, como si quisiera hacerlo responsable del templo al cual pertenece, tratando de cargarlo con la culpa de los sentimientos que le nublan la fe, pero el monaguillo, fiel a sus principios y a su pose, es un moái que guardaba los secretos de su fortaleza y los de su creador. No cuenta con nadie en quien excusarse. Se adelanta unos pasos. El sacerdote oficiante torna levemente la cabeza hacia la izquierda, podría haber sido un ademán involuntario o bien uno cargado de intención. Nota que él también estaba transpirando, algo que, desde lejos, no se veía. Gotas de sudor que emergen de su sien se avienen a acomodarse en el pliegue del cuello. No puede determinar, con todo, si son resultado del calor o del pudor que significa plantarse frente a una comunidad y llevar adelante la Misa con la torpeza de confundir palabras o sílabas o saltarse renglones, ¿o también podría tratarse de una incursión a través de la impostura de los cuestionamientos de su creencia religiosa? Estima poco probable esto último, posiblemente sólo sea una proyección de sus propios sentimientos. Se queda con la alternativa del calor, la más razonable y la única empíricamente comprobable.

El monaguillo le vuelve a dirigir un vistazo de soslayo, pero agregándole un sutil volteo de su tronco. Se está impacientando, impulsado a efectuar un acto al cual debía estar acostumbrado a realizar en otras Misas, ofreciéndose a cumplir con la amabilidad que la evidente incomodidad exige. Teme que la figura sumisa y estática del monaguillo se le adelante, lo que podría hacer que se desdibujara aún más su lugar, por lo que se decide a ubicarse junto al oficiante y, con el peso de la deshonra a cuestas, estira su índice, lo que le recuerda la distancia existente entre la punta de su dedo y la punta del dedo divino, así como la utilidad que cada uno de ellos tendría en la historia: mientras que Dios, a modo de extensión de su poder, empleó su dedo para dotar de vida a Adán y a todo el mundo precedente y subsiguiente, la eficacia del suyo se limita a impedir que la hoja de un libro se diera vuelta por el frenesí del viento. ¿En eso consiste también representar a Dios en la Tierra?, ¿en eso se terminan reduciendo los años de estudio y de renunciadas?, se pregunta, bajando sus párpados para que nadie pudiera intuir sus pensamientos, que le dan la impresión de estar al alcance de cualquiera, desbordando de su mente y de su corazón para vertirse al escrutinio general.

Mientras tanto, el sacerdote lee ya sin inconvenientes y se dispone a bendecir el pan y el vino. El monaguillo busca de una tarima situada en la parte trasera del altar la campanita para anunciar el momento en que se debían arrodillar y, también, el momento en que la ostia y el cáliz se elevasen en las manos del sacerdote para que el pueblo reunido levantara sus rostros hacia ellos. Cuando suena el primer tintineo se arrodilla y comienza a pedir una señal que le sirva para recobrar su tambaleante fe. Repite la fórmula unas diez veces, durante el tiempo que dura la instancia de la transustanciación, y se pone de pie ansioso, anhelante, esperando captar la respuesta de Dios a su solicitud. Mira inquieto en todas direcciones, aunque procurando no delatar su convulsión. Dirige su atención a cualquier movimiento, pesquisando si habría algún mensaje incluido en él. Detecta el llorisqueo de varios niños

sujetados a sus asientos por los progenitores, el abandono del banco de un padre y una madre cargando a un bebé que lloraba, los pasos sigilosos de algunos adultos que permanecían en el patio del templo y que presenciaban la Misa a través de los ventanales abiertos, el cuchicheo de los laicos consagrados o de los colaboradores del templo que se dividían las tareas, la bocina de un colectivo y el motor acelerado de una moto, la fricción de las partituras al ser hojeadas por el coro que se prestaba al próximo canto, la mano bendiciendo los pecados en el confesionario, las luces centelleantes del pesebre, las luces del pesebre que se encendían y apagaban, las luces del pesebre que se apagan pero que ya no se volvieron a encender. Siente el golpeteo del corazón: ¿se puede considerar a eso como una señal? y, en todo caso, ¿qué le está queriendo decir Dios?, ya que, en cualquier caso, se trata de un signo equívoco que bien puede ser valorado de una manera poco halagüeña. No atina a darse por satisfecho por no encontrarle un sentido a esa indicación. Decide seguir esperando, atento, necesita quitarse de su cabeza esos pensamientos atormentadores, y es en ese momento que el sacerdote oficiante invita a rezar el Padre Nuestro, y su voz queda tapada por la de la multitud.

JHF (Reconquista, 1975). Ha publicado algunas cosas, sí.

¿Por qué elegimos “Padre Nuestro”?

Por retratar la delicada frontera entre el monólogo interior y la rumiación.



Sobre mi noche presente

Mercedes Estramil

En el mes siguiente a mi injusto despido escribí una novela. Y antes de que algún colega envidioso de los que nunca faltan enarque una ceja de escepticismo, les recuerdo que Dostoievski escribió *El jugador* en un mes, y si un ruso aterido de frío y endeudado pudo, imagínense una uruguaya saludable en un cálido y progresista otoño. La titulé *Sobre mi noche presente*, por aquello de que hay que alimentar a los críticos, y que puedan subirse a una cita de Lorca ya es media nota. Por supuesto, que se trata de un verso de Federico García Lorca lo saben porque los títulos se googlean; en esta modernidad no sabe el que no quiere. En posesión de esa información y por mejores críticos que sean, sus primeras hipótesis van a ser: esta es una novela pretenciosamente lírica o esta es la novela de una lesbiana. Y en cualquier caso, la mitad de la reseña crítica versará sobre Lorca y su recientemente publicitado romance con el vernáculo Enrique Amorim. Así es, nadie se llame a engaño: la crítica cultural es un programa de chimentos como el que

más.

Por supuesto, la novela versa sobre mí, que es —créanme— sobre lo que versan de un modo u otro todos los libros: el autor, que en general coincide con quien los escribe y/o los firma. Sin embargo, eso no lo convierte en una autobiografía cabal y les digo por qué. Sobre mi noche presente es un compendio de mentiras, falsedades, inventos y proyecciones ilusorias. De acuerdo: suena muy autobiográfico (pues como decía Borges en Emma Zunz: “solo eran falsas las circunstancias, la hora y uno o dos nombres propios”), pero digamos que las anécdotas no corresponden, que los personajes son cruza inverosímiles de Pitbull con Chihuahua, y que el hecho de que haya algún alter ego por ahí no quita que Iris Play (como usted) sea inimitable, inescrible e inefable. Es el gran drama de la literatura no poder ser la vida, y el de la vida no ser literatura. Por otro lado, mi novela es un obvio ejercicio metaliterario. No he hecho mis cursitos en la Facultad de Humanidades para descolgarme con un mamotreto estilo rollo chino, facilito y previsible que cualquier hijo de vecino pueda entender de una.

Para empezar, le he colocado unos seis acápite. Como para tener cubiertos todos los frentes, decidí seguir la fórmula inclusiva y exitosa de los filmes estadounidenses que respetan la cuota parte de la corrección: un latino, un negro, un gay, un filósofo, un raro, un borracho, un ideólogo, etc. Y todo ello en procura de mejorar el producto y tocar el Arte. Las citas, en sí, son portentosas. Están Cormac McCarthy: “Hasta un cerdo ciego encuentra una bellota de vez en cuando”. Kierkegaard: “Quien se pierde en su pasión, pierde menos que el que pierde la pasión”. Elizabeth Bishop: “El arte de perder no es muy difícil”. Y hay alguna más, de Marcela Serrano, Chester Himes y Eduardo Galeano, pues no sabe una las preferencias de los críticos y los lectores, y conviene cubrirse. Pero además, cada capítulo de mi novela homenaja a un escritor, plagiándolo, se entiende. Sobre mi noche presente comienza con Iris Play tendida sobre una mesa de morgue uruguaya, sonando en la radio los Wachiturros y con dos profesionales forenses discutiendo

no los términos de la autopsia sino la pertinencia o no de plegarse a un paro sindical. Naturalmente, Iris no está muerta sino que atraviesa algún tipo de catalepsia no identificable por los peritos de la muerte. En el paroxismo de la desesperación, congelada por la temperatura ambiente y el horror, Iris recuerda cómo salió de una situación similar el corredor de Bolsa Howard Cottrell, personaje de un cuento del Maestro Stephen King: teniendo una erección. Que hasta en un momento tan crucial la feminidad sea un hándicap la pone de muy mal humor. Si ni su esposo distingue entre un orgasmo real y uno fingido, difícilmente estos burócratas de la salud noten una contracción pélvica, caso que a pura imaginación la tuviera. No diré cómo salió Iris de tamaño trance, pero en el quinto capítulo la tenemos inmersa en otro: tratar de embarazarse sin interactuar directamente con un espécimen masculino. Se puede, pero si no es caro es engorroso. Recuerda la estrategia que efectuaba un personaje de la estadounidense A. M. Homes en el cuento "Georgica": espiar a los adolescentes que hacían el amor en la playa, con una aguja inyectable retirar el semen de los condones que dejaban, y autoinseminarse. A una yanqui self made woman desde luego que le daba resultado, pero aquí, pese a las campañas intermitentes del Ministerio de Salud Pública, no parece que los adolescentes usen mucho condón. Como sea, Iris termina pariendo una niña y en el veinteavo capítulo la vemos dueña de un latifundio, convertida en una mujer de carne débil, corazón duro y gatillo fácil, terror de los habitantes del lugar y aludida como "Doña Iris".

En fin, por lo menos he tratado de no ser onettiana ni leveriana, que son las dos grandes rémoras que azotan a los escritores nacionales. Ahora el problema va a ser convencer a algún editor de publicar gratis y difundir con energía mi novelita, es decir, venderla como si se tratara de lo que aún no es: un éxito. Si algo me quita el sueño es la remota pero factible posibilidad de repetir el destino de John Kennedy Toole, el desgraciado autor de *La conjura de los necios* (clásico que Uruguay entero debería leer) en cuya cara se cerraron las puer-

tas de varias editoriales empujándolo al escape rápido de un suicidio anunciado, para que poco más tarde la castradora madre que no lo dejaba ir ni a la esquina lograra publicar su novela y hacerse millonaria. Le llevaría flores, digo yo. Y aunque no creo que mi santa madre me haga esa jugada, por lo pronto ya he mordido el polvo en varios sitios. En algunas editoriales me dan largas diciendo que me escribirán en cuanto lo hayan leído (en la jerga comercial: fecha indefinida = nunca); en otras sin leerlo lo rechazan de plano y sin explicaciones. Otras, con total desparpajo, me piden dinero. Ya los contratos estándar de las editoriales son leoninos, por decir poco (aceptar el diez por ciento a quien solo pone papel, tinta y no pocas veces erratas, cuando uno ha puesto el noventa por ciento si no de talento por lo menos de voluntad, no parece un trato justo), pero tener que pagar es el colmo. Si esperan hacer dinero conmigo sin poner nada antes, que se vayan sentando.

Como sano ejercicio de autoestima literaria para noveles autores propongo recordar algunos casos. Imagínense el momento en que el editor Carlos Barral, allá por los sesentas, le rechazó Cien años de soledad a Gabriel García Márquez porque “no iba a tener éxito”. Harakiri. ¿Y qué habrá sido de la docena de editoriales que rechazaron el manuscrito de Harry Potter? Suicidio colectivo. ¿Y qué me dicen de Philip K. Dick: quién le quería publicar sus libros excepto las oscuras editoriales de la oscura ciencia ficción? Me dirán que un colombiano, una mujer y un alucinado no son ejemplos. Bueno: tenemos al príncipe Giuseppe Tomasi di Lampedusa, europeo, varón y aristócrata, a quien las editoriales Einaudi y Mondadori le rechazaron El Gatopardo, impidiéndole que la viera publicada en vida. La injusticia no hace distinciones. Y la venganza tampoco, así que no descarto que en algunos años, cuando sea famosa, presente a estas mismas editoriales una gran novela bajo seudónimo solo por el placer de verla rechazada, como hizo Doris Lessing cuando ya era alguien.

Como fácilmente se deduce, escribir en serio no es fácil. No es esa cosa divertida y banal que se imaginan los asalaria-

dos de las ocho horas, preocupados por el aguinaldo, el salario vacacional y los feriados. No es algo de lo que te jubiles alegremente. Tiene más parecido, quizá, con ese hijo bobo que no quisiste tener pero tuviste, y que, en noches de espanto y oscuridad puede darte, sin esperar recompensa, la mirada iluminada que te salve, aunque no merecieras ser salvado.

Mercedes Estramil (Montevideo, 1965). Publicó sus cuentos bajo el título *Caja Negra* (2014) y las novelas *Hispania Help* (2009), *Irreversible* (2010), *Rojo* (2011) junto a Iris Play (Editorial HUM, 2016), las crónicas ficticias (¿ficticias?) de dónde se extrajo el capítulo “Sobre mi noche presente”

¿Por qué elegimos “Sobre mi noche presente”?

Iris Play es un gran libro sobre el mundo literario. En un mundo enredado entre la queja, el ego y el mercado, el humor es la salida más efectiva para *decir* algo.



El gesto del pattern equivocado

César Chavero

Los caníbales de la región del Níspero despleaban un espíritu gourmet. No se arrebataban de exploradores gordos, llenos de colesterol, cocidos al espiedo. Preferían hervir en marmitas delicadas, trozos que obtenían luego de una puntillosa vivisección de sus víctimas.

Habían creado diferentes platos. Algunos muy simples, como el “rebosado de músculos”, algo para sacar del apuro a la tribu en el día a día. Entre los más complejos, el “set de hipófisis con salsa coral”, era el preferido de la tercera esposa del Jefe, una cautiva a la que el resto de la tribu odiaba con todas sus fuerzas ancestrales.

El Jefe volvió con la mujer un día que fue a negociar con su par de la Tribu del Horizonte una partida de jabalíes que se les estaban poniendo verdes. Al poco tiempo de pisar la toltería, la recién llegada ordenó a un grupo de guerreros que le hicieran un tipi inmenso con piel de jirafa. Hubo que salir a cazar jirafas. Satisfacer esa demanda representaba un problema para los caníbales de la región del Níspero, ya que no utilizaban flechas ni boleadoras. Mataban ahorcando. Como las víctimas eran casi siempre homínidos destinados a la alimentación, utilizaban una delicada técnica de asfixia (presión sobre la garganta hasta escuchar el crack del cartílago cricoides)

que evitaba que la carne se endureciera ante el trauma de la muerte. Matar una jirafa de esta manera suponía el esfuerzo de subirse uno arriba del otro para llegar a romper los huesos de la esquiua laringe del animal.

El Jefe dio estatus oficial a la orden de su tercera esposa. Se mandó una limitada expedición formada por dos hombres, uno viejo y otro joven, que, aunque carecían de experiencia en matar jirafas, combinaban destreza y sabiduría.

Horas después de salir, alcanzaron a ver un ejemplar mediano comiendo las hojas de una acacia a la que tenía casi pelada. Decidieron que el joven se montaría a los hombros del guerrero sabio, a fin de aprovechar mejor la fuerza de sus manos. Atacaron sin sutileza pero con eficacia.

Una vez asfixiada la jirafa, le quitaron la piel con la delicadeza y concentración con que el hombre civilizado separa una tapa de tarta pascualina que se ha puesto blanda.

Con una sola no va a alcanzar, dijo el viejo, vamos a tener que cazar otra.

¿Qué hacemos con la carne de ésta?, preguntó el más joven, ¿la guardamos?

La carne de jirafa es dura como la ira de la Crisálida en la era del Gran Eclipse, comparó el viejo.

El joven hizo el Gesto del Asco Irreversible y limpió sus manos sobre las matas de yuyos para continuar el safari.

Con el sol cayendo detrás de las montañas, encontraron otra jirafa. Tenían sus cuerpos cansados de deambular con los kilos extras de la piel enrollada de la primera. Dejaron el paquete en el suelo y se prepararon a atacar. Fueron escondiéndose de matorral en matorral hasta estar a dos metros. La jirafa dirigía la cabeza hacia las hojas de los árboles. Estiraba su lengua azul al tiempo que rumiaba un pensamiento: “hojas, ni ricas ni feas: hojas”. Era un ejemplar que duplicaba el ta-

maño de la anterior. Debido a las piernas fatigadas del viejo, invirtieron los roles. Avanzaron hacia la presa como un policía acrobático arriba de una moto. El viejo dispuso los brazos en posición zombie con las manos listas para oprimir el cricoides. Fue una lucha pareja. La jirafa se defendió tirando coces cortas que no llegaron a impactar en el mini totem de hombres. El viejo, sin acertar a encontrar el cartílago, no la mataba: le tomaba el pulso. La jirafa, molesta, inició un feroz movimiento helicoidal con su cuello. Giró cada vez más rápido, hasta que los dedos del viejo resbalaron y salió despedido. Cayó a varios metros, desmayado. El joven se vio solo y decidió otra estrategia. Subió con destreza a un árbol, saltó sobre el lomo del animal y se aferró al cuello. La jirafa corcoveaba tratando de sacárselo de encima. La ubicación del cazador entre los omóplatos, como un pulguicida, le aseguraba una zona de seguridad frente a los cabezazos del animal. La jirafa salió corriendo y se perdió en el bosque. El jinete seguía clavándole los dedos intentado domarle la vida.

Al abrir los ojos, el viejo vio que la luna llena iluminaba el valle. Se escuchaban aullidos de lobos y el temible ulular del Búho Magno. Se puso de pie mientras su conciencia conectaba con los hechos del día. Encontró el atado de piel de la primera jirafa, tironeado por los buitres. Los espantó en un movimiento de gallinero. A pocos metros de ahí comenzaban unas huellas que se perdían en el bosque. Puso el paquete sobre su espalda, cortó una rama como apoyo y decidió seguir el rastro. El Búho Magno pasó delante de la luna dejando al cazador en un instante de completa oscuridad.

Las huellas de la jirafa se perdían en un arroyo. El viejo llamó al joven por su nombre de guerra, un sonido similar al del viento que pasa por una osamenta de búfalo. Le contestó un Hocó Atragantado. O no me contesta porque su corazón entró en el Absoluta, o la jirafa cruzó el arroyo y se alejó hacia las Montañas de la Omnipotencia, razonó el viejo. Optimista, decidió cruzar el agua.

Midiendo la profundidad del lecho con el palo, logró llegar fácilmente al otro lado, alejándose veloz de la orilla para evitar el ataque del Caimán Traicionero. Reencontró las huellas junto a otro bosque.

Las primeras luces del alba activaron el canto de las Aves Hilarantes. El viejo, agotado, llegó a una elevación que se había puesto como último objetivo. Si desde ahí no veía nada, regresaría a la tribu. Todo el valle se presentó a sus ojos. Una manada de Antílopes Suavecitos pastaba cerca de una laguna. Ni rastros de la jirafa ni de su colega. Pensó en qué decirle al Jefe. Los jóvenes eran muy importantes para la tribu como para que desaparezcan mientras un viejo está desmayado ¿Lo castigarían? Sí ¿Lo comerían? Seguramente. “No hay como el gusto de los nuestro”, diría alguien.

Cavilaba sobre la posibilidad del exilio cuando oyó que lo llamaban. Se paró de un salto, recuperado, e hizo visera con la mano. Otro grito se hizo paso entre el canto de las aves. Era el joven desde alguna parte del valle. El viejo emitió el Grito del Reconocimiento Entre Pares. Recibió como respuesta el Aullido Satisfactorio del Encuentro. La manada de Antílopes Suavecitos dejó de pastar y se puso en movimiento, anunciando la entrada triunfal del joven arrastrando dos pieles.

¿Y la Jirafa?, preguntó el viejo, abriendo sus manos.

Me llevó la mitad de la distancia del Rinoceronte que Persegue el Anhelado golpeando contra las ramas hasta que se metió en unas arenas movedizas. Se hundió tan rápido que apenas tuve tiempo de trepar hasta la cabeza y colgarme de una rama, explicó el joven.

¿Cazaste otras?

No había más jirafas. Pensé que era mejor esto que volver con las manos vacías, explicó el joven.

¡Pero ya tenemos una piel de jirafa!

La tercera esposa del Jefe va a decir que no alcanza, que está fea, que quiere otra. Por lo menos, si llevamos otras dos,

aunque sean diferentes, aumentamos las chances de evitar el castigo.

Cuando llegaron a la tribu, una estructura altísima se erigía en el centro del territorio: los palos esperando las pieles. Todos fueron al encuentro de los cazadores gritando ¡Llegaron las pieles de jirafa!

La mujer del Jefe salió dando saltitos, seguida por el cacique.

El viejo desenrolló la piel de la jirafa mediana al tiempo que realizaba el Gesto de Satisfacer Expectativas. Los otros dos paquetes yacían a los pies del joven.

Es un poco chica, pero para el toldito de la entrada va perfecta, dijo la tercera esposa del Jefe, mirando con ansiedad los otros dos bultos. La toldería entera se reunió en círculo.

Y ahora, dijo el viejo, un detalle que esperamos sea de agrado de la señora y usted, Jefe. Extendió las pieles del lado de la carne, una costra marrón sobre la que revoloteaban algunas Moscas de la Degradación. El viejo pidió la colaboración de un grupo de niños. Se acercaron a cada extremo. El viejo cambió el tono de su voz.

En la historia de los caníbales de la región del Níspero hemos tenido Tipis Soberanos hechos con pieles de diferentes animales. Mi padre contaba siempre del hogar de los Jefes del Amanecer, hechos con piel de león. O el tipi del Sabio Explorador, que cerraba sus aberturas con duodenos de Hienas Mordientes. La piel de la jirafa posee una belleza poligonal elocuente, pero ¿perdura al paso del tiempo?, ¿sobrevive al Tedio Marrón? El tipi de una tercera esposa del Jefe tiene que perdurar, ser una expresión, no un adorno. Es por eso que hemos traído estas dos pieles.

El viejo miró a los niños. Desplegaron los bultos. Dos pieles de cebra quedaron custodiando a la de la jirafa. Continuó.

Las rayas blancas y negras, el futuro y el pasado, el vacío y el poder, serán las paredes principales. La forma como fun-

ción, pero no sólo función concreta sino simbólica. Al toldito de la jirafa, sostenerlo desde la gravedad del blanco y el negro.

El viejo respiró. Sus manos temblaban. El joven miraba las pieles. La tribu muda.

El Jefe, sonriendo, los felicitó. Su tercera esposa, sin embargo, realizó el Gesto del Pattern Equivocado y se metió hecha una furia en el viejo (y por un tiempo permanente) tipi nupcial.

Podemos salir a buscar más pieles, Jefe, dijo el viejo.

Yo sé dónde hay una familia de Jirafas enormes, dijo el joven.

El Jefe, ya sin sonrisa, pisó las pieles de cebra siguiendo a su tercera esposa. Antes de entrar al tipi nupcial, sin mirar a los cazadores, indicó encender el fuego.

César Chavero (Córdoba,1973)

En el relato se cuenta la historia de dos cazadores de la tribu de la región del Níspero, tribu practicante de un canibalismo bastante sofisticado, que son designados para salir a cazar jirafas, cuya piel será usada para que la nueva concubina del Jefe disponga de un tipi según su gusto (uno inmenso). La nueva concubina del Jefe de la tribu, una cautiva proveniente de un intercambio comercial con otra tribu, no genera simpatía, y su pedido se encuadra menos en las prerrogativas de alguien con un elevado rango que en un simple capricho que promueve discordia. De hecho, por curiosas razones, que se develan en el texto, la jirafa es el animal que mayor dificultad les ofrece a los miembros de la tribu para ser cazada. Por lo tanto, la tarea enfrenta a los dos desventurados cazadores no sólo a los riesgos de la empresa en sí como, a la postre, a su destino más trascendental, especialmente si el éxito de la persecución termina no siendo el esperable.

La historia nos ubica en un territorio inhóspito y salvaje, en el contexto de una tribu con códigos culturales que fácilmente uno tendería a situar en medio de las coordenadas témporo-espaciales de lo primitivo. Sin embargo hay en la narración algo, que ya se insinúa desde el título, que provoca un contraste entre esa impresión de lo extemporáneo y el modo en que se lo cuenta. Por ejemplo, de un cazador trepado al cuello de una jirafa se dice que estaba entre los omóplatos del animal como un pulguicida, una metáfora que sólo un lector contemporáneo podría comprender y que le sería ajena e inentendible para alguien de esa tribu. Y, a la inversa, el pattern del título podría resultarnos un vocablo ectópico, incorrecto o cuestionable de ser empleado para referirse a un gesto perteneciente al repertorio de una tribu primitiva, pero en realidad debemos entender que ese es el modo correcto de nombrarlo: lo que para nosotros sería mezclar dos lenguas, para los del Níspero es una sola y se corresponde con una unidad concep-

tual llena de sentido.

Lo más notable del cuento es cómo se describen esos elementos, propios de la experiencia cotidiana de los del Níspero. Así, los animales son nombrados junto a alguna signatura que los caracteriza. Además de ser caimanes o búhos o antílopes, en su denominación llevan la indicación de una marca distintiva (ej.: el caimán traicionero). El adjetivo no es opcional, forma parte del nombre. La conjunción de un signo identitario con el objeto, en este caso el animal, se emparenta con una modalidad arcaica de llamar a las cosas: las cosas no son llamadas sólo por su nombre sino por lo que son, y sólo pueden ser eso.

Algo semejante ocurre con el lenguaje no verbal. Los ademanes, los gestos, los gritos que emiten intencionalmente los miembros de la tribu son más elocuentes, están más cargados de significado, son más expresivos que las propias palabras y están adjetivados de modo tal que se refuerza o sella su carácter e intencionalidad (ej.: el Grito del Reconocimiento Entre Pares).

El resultado va a favor del cuento porque, gracias a este recurso, el relato acompaña lo entretenido de las acciones descritas con la comicidad que le otorgan estos contrastes. JF



Acá había un río y yo lo cuidaba

Francisco Bitar

I

Deben decidir si tener el hijo, si interrumpir o no el embarazo.

*

Los dos son jóvenes. Betty está terminando la carrera de psicología y Merlo va de trabajo en trabajo, tratando de avanzar en el instituto de Educación Física, lo suficiente al menos como para conseguir la licencia de guardavidas antes del próximo verano.

*

Ella no está segura de querer un hijo pero la aterra la idea del aborto. Volver del médico pálida y liviana, ¿cómo podría seguir adelante después de eso? No sin borrar toda una etapa de su pasado que odiaría tener que suprimir.

Él tiene la impresión de que lo mejor sería interrumpir

el embarazo. Pero es una impresión tan indefinida que bien puede pasar por una idea equivocada. Al fin y al cabo, fue así, mediante impresiones de este tipo, vagas e indefinidas, que se decidió por una carrera y obtuvo sus diferentes trabajos. Ahora todas esas decisiones resultan ideas equivocadas.

*

Betty lo conversa con su madre. No era lo que ella y Merlo habían acordado en un principio (la idea era mantener la noticia en estricto secreto), pero el tiempo corre y hay que tomar una decisión.

La madre es terminante: debe tenerlo. No importa que Merlo sea un extraño (Betty no lo ha presentado a la familia) y que no consiga un trabajo en firme. Ella, su madre, y también su padre, le asegura, luego del primer impacto, la ayudarán con el bebé. Lo criarán si es necesario.

*

Betty se lo comunica a Merlo. No hace falta que él se haga cargo: el bebé puede llevar el apellido de la madre. Las cosas pueden terminar acá y no habrá rencores, aclara ella.

No, dice él de inmediato. Quiero estar.

Y esta vez está convencido de lo que hace.

*

Y resulta ser lo correcto.

Ella rinde las pocas materias que adeuda y presenta una tesis breve. Es un trabajo puramente derivativo sobre un tema que no le interesa en absoluto, pero hacia el octavo mes de embarazo se ha convertido en psicóloga y ya tiene ofertas de trabajo en colegios y dispensarios.

En el transcurso sobreviene la temporada de pileta, hecho que encuentra en guardia a Merlo Walden: Merlo ha obtenido el título de guardavidas y está ansioso por empezar. Las piletas de la ciudad y de la zona ya cuentan con su bañero, pero la municipalidad está habilitando nuevas zonas de playa y él ingresa a trabajar en el balneario más lejano (es el último en la lista de espera), atrás de la reserva ecológica.

*

Por lo demás, si bien la relación no tenía visos de formalizarse, deciden irse a vivir juntos y las cosas parecen funcionar. Él sale temprano en su moto hacia la reserva y vuelve cerca de la hora de la cena, después de plegar el andarivel y guardarlo con candado en un depósito de chapa al pie del mangrullo. En casa, ella lo espera con la cena; Betty, por las noches, cocina lo suficiente para dos comidas y al día siguiente Merlo cuenta ya con su almuerzo para llevar a la reserva.

*

El bebé nace en febrero, justo cuando el trabajo en los balnearios empieza a declinar.

Es una nena y la han llamado Hilda, en memoria de la abuela materna de Betty. ¿No es un nombre algo anticuado?, se pregunta Merlo en un principio. Pero nada de todo lo ocurrido –que le ha llovido del cielo y le ha devuelto una vida propia– le resulta, bien pensado, fuera de lugar.

Hilda Walden, un nombre llamado, según padres y abuelos de ambas partes, para grandes cosas.

*

No es fácil cuidar de un bebé, nadie se lo había dicho. Cuando no come o duerme, hay que adivinar lo que Hilda necesita.

Pero tiene sus retribuciones. La relación entre Betty y Merlo se ha afianzado; según su punto de vista, el de Merlo, pegaron juntos el estirón. Además, la nena tiene los ojos almendrados de ella y el lóbulo de la oreja pegado a la mejilla: es igual a la madre, no hace falta que Hilda crezca para averiguarlo.

Cuando duerme tramos largos, de dos o tres horas, se la ve a gusto con ellos. Sonríe en sueños.

*

Pero una noche, a un mes de su nacimiento, la beba parece sufrir alguna especie de molestia que pronto se transforma en malestar. Ha dormido el día entero y de noche resulta imposible despertarla para darle la teta.

Viajan los tres en la moto hacia el sanatorio y los pediatras deciden internar a la pequeña Hilda.

*

Una infección gástrica, se sabría al cabo de los quince días de incubadora, cuadro complicado por la deshidratación y una repentina gripe. Un virus que para un adulto no significaría más que una diarrea, acaso algo de fiebre.

Un virus que, para un bebé, resulta fatal.

*

Así es como termina, a principios de abril, la temporada de pileta.

Un empleado con la pechera del municipio, sin preparación alguna pero con sus propias herramientas, pasa el rastrillo por la arena donde amarillean unos pastos. Quedan, al cabo de algunas pasadas, la playa estriada de lado a lado y unos pocos restos bajo el rastrillo que constituyen el último rastro del verano: una bolsa de papas fritas marca Choppy y un tetra

picudo de Resero blanco que hubo que desenterrar sin mediaciones, a la antigua: con la mano.

Merlo recoge por última vez, boya por boya, el andarivel de la reserva. Lo hace en sentido contrario a la corriente y, por un segundo, piensa en la posibilidad de soltarlo y dejarlo ir río abajo. Puede que lo vea alguno que conduce por encima de un puente o algún otro que pesca en los márgenes, pero esas opciones están lejos de su imaginación. Merlo sólo piensa en dejar ir lo último que queda de toda una etapa.

Sin el andarivel, el río es otra vez el mismo de antes, el mismo, incluso, que todos los veranos anteriores, salvo, según dicen, por su permanente fluir, que empuja su mismidad hacia adelante y le impide repetirse en el espacio y, por lo tanto, en el tiempo.

II

También el año laboral empieza como siempre: el primer viento frío pega todo el día en la pared de los tanques y ya no es posible bañarse si no es con agua del calefón. Al final de ese baño, no sin cierto bienestar, uno se siente viejo. Lo que había que hacer y no se hizo ya no encontrará remedio. La luz del comedor quedará prendida y la bolsa de basura pasará la noche en casa: ha llegado el momento de irse a dormir temprano.

*

Veinte años después, Merlo trabaja en escuelas secundarias.

En horas de clase no hace otra cosa que sentarse atrás de un pupitre, tirar una pelota al medio del gimnasio y ordenar que formen equipos. Después prende un cigarrillo que los alumnos jamás llegarán a localizar y que apenas infieren por el

humo que se eleva por detrás, como si la espalda de Merlo se estuviera prendiendo fuego.

Entre esos alumnos, en el curso de primer año de la escuela Almirante Brown, está su propio hijo, quien vive con su madre y que pocas veces lo saluda. Es alguien rechoncho y retraído, la clase de chico que eligen último al momento de formar los equipos y que prefiere no correr atrás de una pelota para ahorrarse la vergüenza de una carrera desarticulada y ruidosa. La clase de chico, en fin, de quien podría esperarse algún tipo de mérito en otras áreas, lengua o matemáticas, el estudio devoto y dedicado, ese tipo de cosas que la gente suele hacer debajo de las lámparas.

Pero no, tampoco en estas disciplinas, ni en ninguna otra, se destaca el único hijo de Merlo Walden.

*

En Merlo, sus conocidos suelen ver lo contrario: alguien bueno para los deportes pero un patán para todo lo demás.

Lo cierto es que hace tiempo que Merlo abandonó los deportes como para estar seguro de sus méritos.

*

Con todo, sale a correr con cierta frecuencia, cada vez que ha engordado lo suficiente como para que la barriga tire de su cuerpo hacia adelante y los efectos se dejen sentir en la base de la columna.

Entonces, sin importar el momento del año, viste jogging, camiseta térmica manga larga y campera rompe viento, y sale a correr por la costanera de Santo Tomé. Cuando el tiro se vuelve exigente, Merlo piensa en mujeres, en las mujeres con las que se acostó y en la enorme cantidad de mujeres con las que quisiera acostarse.

*

(Ahora vive en Santo Tomé, una ciudad pequeña con tarifas de alquiler todavía razonables, adonde se han ido a vivir la mayoría de los padres separados de la ciudad de Santa Fe, unos diez kilómetros al sur).

*

Es en uno de estos recorridos que Merlo se cruza con una chica exactamente igual a Betty, con la edad que ella tenía hace veinte años.

Él no deja de correr ni ella de caminar en sentido contrario. Pero al cabo de unos pasos, él mira, de espaldas, en su dirección cuando ella también se vuelve a mirarlo.

III

En Santo Tomé, además de una línea de ayuda para casos de angustia extrema (que no es otra cosa que un teléfono habilitado por el Servicio Sacerdotal de Urgencia para la atención al suicida), el canal local dispuso un ciclo de películas de nombre “A la cama con una sonrisa” que transmite películas para hombres con problemas de sueño, comedias en su gran mayoría.

La película de esta noche —él no alcanzó a ver el título pero trata de un hombre rico en una punta del mundo que en la otra se hace pasar por pobre— no logra tranquilizarlo. No sabe qué cosa se lo impide: nunca ha sido bueno para dar de manera precisa con el motivo de sus preocupaciones.

Esta noche, sin embargo, no hace falta ir tan lejos: a sus pies está la respuesta, en las zapatillas de correr que enmarcan los costados del televisor.

*

Betty, dice él, soy Merlo.

Merlo, dice Betty y por un segundo nadie dice nada, la línea queda vacía.

A continuación, ella pregunta cómo está y él agradece en silencio que Betty no haga alusión a la hora de la llamada, por más que su voz no suene del todo despierta. Merlo dice que bien, que ha pasado mucho tiempo, y ella dice que sí, que es cierto, capaz demasiado tiempo.

Esta llamada que hoy se produce parece una cuenta pendiente, un asunto largamente postergado que ninguno de ellos piensa arruinar:

Esperá que cambio de teléfono, dice Betty y Merlo queda en el aire hasta que ella, ahora con voz clara, dice hola otra vez.

*

Qué fue de tu vida, pregunta ella, y Merlo dice que se recibió finalmente de profesor de educación física. ¿Piletas? Ya no, nada de piletas ni de balnearios, dice Merlo, ya no tengo el cuerpo de antes como para pasarlo sin remera. Es una pena, dice ella, y los dos se ríen.

¿Vos?, pregunta Merlo antes de verse obligado a revelar zonas más desagradables de su historia. Ahora él se reclina en el sillón, apoyando los pies sobre la guía telefónica abierta en el apellido de Betty.

Ella dice que siguió trabajando como psicóloga, tomó clases en Francia y en Canadá, y ahora se dedica exclusivamente a la clínica privada.

¿Tuviste hijos, Betty?

Sí, dice ella, tuve, y por más que Betty intente dejar el tema en suspenso, Merlo la exige: ¿una mujer, pregunta, de unos veinte años?

Dos varones, dice ella, uno de diez y otro de doce.

*

La única mujer que hoy tendría veinte años, la tuve con vos, dice Betty.

Sí, dice él.

Estás bien, Merlo, suelta ella.

¿No pensás a veces en cómo hubiera salido todo?, pregunta él. Digo, si no pasaba lo que pasó.

Por supuesto, dice ella y Merlo le dice que también lo hace, todo el tiempo.

Éramos chicos, dice ella, y agrega: igual las cosas salieron bien después de todo, ¿no? Digo, a pesar de esa tragedia.

*

El día siguiente es día de visita y Merlo se lleva a su hijo directamente desde la escuela ante la mirada de todos, alumnos y profesores. Con un mensaje al celular de su exmujer es suficiente para dar aviso; un mensaje que su exmujer no se molestará en contestar.

El encuentro empieza como de costumbre: el hijo se encoge de hombros cuando su padre pregunta qué lugar le gusta y, acto seguido, van a parar a la hamburguesería de siempre. Ambos piden el menú grande (gaseosa grande, papas grandes y triple hamburguesa con panceta) y Merlo vuelve a asombrarse ante la capacidad del chico que, a sus 14 años, lo devora todo. Después pide un helado de yogurt para el hijo y sale a fumar solo al estacionamiento.

Pero una vez que se suben al auto, los planes –que en general incluyen una ida a los fichines hasta que el hijo queda prácticamente ciego– cambian de repente.

*

Merlo toma el camino de cintura, bordea la ciudad por la zona donde todavía pega el sol y cruza el puente hasta el

camino de la costa.

¿Dónde vamos?, quiere saber el hijo.

Te voy a mostrar el lugar donde trabajaba tu padre cuando era joven, es la respuesta.

Merlo no lo esperaba, pero una vez en el lugar se encuentra con que la vieja reserva ahora está ocupada por un edificio del Inta; donde antes estaba la playa, ahora sólo se ven cañas de la altura de una persona.

Acá había un río, dice por lo bajo. Y yo lo cuidaba.

*

Esto no lo amedrenta.

Gira en U y en unos minutos está de vuelta en la ciudad, frente a un viejo edificio de departamentos en barrio Roma.

Ahí vivía yo, dice Merlo señalando una ventana del segundo piso, con el auto en marcha.

Pero el segundo piso parece no tener para el hijo ningún atractivo en particular, nada que lo diferencie del resto de los pocos pisos de este bloque de cemento, ni del montón de casas y edificios que se levantan en la ciudad.

Cuando era joven, dice Merlo. Fueron años felices.

Aunque en realidad no llegó a vivir un solo año en ese lugar.

*

De vuelta, y para completar el recorrido, Merlo da un pequeño rodeo antes de llegar a la casa de su exmujer: pasa frente al sanatorio.

Esta vez no hay un comentario directo respecto del lugar que, por otra parte, puede verse apenas por unos pocos segundos a través de la ventanilla. En lugar de eso, Merlo dice:

Vos tuviste una hermana.

De pronto, como no había ocurrido en mucho tiempo, el padre tiene toda la atención de su hijo.

Una media hermana, en realidad.

¿Cómo una media hermana?, pregunta el chico.

De una mujer anterior a tu madre, dice Merlo. Fue tu hermana mayor, pero murió cuando era muy chiquita.

*

Esa tardecita, Merlo sale a correr por la costanera y pasa por el punto de encuentro a la misma hora en que, según sus cálculos, vio a la chica el día anterior. Al no obtener resultados, recorre el paseo, con los ojos bien abiertos, una y otra vez, hasta que se hace de noche y dejan de escucharse las pisadas blandas de los corredores, incluidas las de él.

*

Al día siguiente, un viernes, Merlo no sirve para mucho: la noche anterior soñó con una Betty todavía joven. Se paseaban ambos por una casa de techos altos donde se ofrecía una fiesta. Ella estaba en pijamas y él, con su edad actual, vestía su equipo de gimnasia. Cada tanto, se paraban a besarse. Hacia el final se acostaban en un cuarto cualquiera y ella decía: que duermas bien, papá.

Esa noche, Merlo entra a Facebook e ingresa el nombre de su hija, algo que nunca antes había hecho.

IV

Merlo aprieta el botón de la rellamada: no necesita buscar otra vez el número de Betty, no ha llamado a nadie desde hace dos días.

Betty parece a gusto, incluso más que la última vez, a pesar, de nuevo, de la hora. Con todo, Merlo, sin ser indiferente, aborda el tema sin rodeos:

Betty, le dice, el otro día me cruce con una chica igual a vos. A vos cuando eras joven. Cuando éramos jóvenes.

Betty queda a la espera: sabe que la historia no termina ahí.

O igual a como sería nuestra hija. ¿Te acordás? Vos y ella eran igualitas.

Merlo cuenta que ingresó el nombre de Hilda en Facebook y encontró dos coincidencias: una Hilda Walden en Tallahassee, Estados Unidos, y otra en Londres, alumna del Westborough Highschool. Si bien tiene una edad cercana a la que tendría su hija (la americana, en cambio, tiene 52 años), la chica inglesa es rubia y de ojos claros, y aparece en fotos con sus padres, evidentemente biológicos.

Merlo, dice ella. Su voz ya no es la de antes.

Pero Merlo continuó con la búsqueda.

*

Puse una serie de nombres alternativos, dice. Hilda W, H. Walden, H.W. Pero los resultados crecieron y empecé a marearme.

Así que reduje la búsqueda a la zona de Santa Fe.

Encontré una Hilda acá en Santo Tomé. Hilda a secas.

Es la chica que me crucé en la costanera.

Nuestra hija.

*

Hay un silencio; está claro que Betty no sabe por dónde empezar.

Merlo, dice al final, es una locura.

Tenés que verla, dice él. Es una chica hermosa. Son tus ojos, tu sonrisa.

Hilda murió hace veinte años, dice ella.

Yo también pensaba lo mismo. Pero no quisimos verla. No nos aseguramos, ¿entendés?

Mis viejos se encargaron de todo, Merlo.

Hay que hablarlo con ellos, dice él.

Mis padres fallecieron, dice Betty.

Hay un silencio con el que Merlo quiere demostrar sus condolencias pero tampoco será él quien desvíe el tema de la conversación.

Betty, dice entonces, tenemos que ir a verla. ¿Qué chances hay de que alguien más le ponga Hilda a una hija nacida en esta época?

¿Y qué chances hay de que alguien que te roba la hija mantenga el nombre?, grita Betty.

Pocas, dice Merlo, pero puede pasar. ¿Alguna vez probaste cambiarle el nombre a un perro? Está pegado al bicho.

El nombre es como la carne.

*

Al cabo de un par de horas, mientras Merlo mira una nueva entrega de “a la cama con una sonrisa”, Betty lo llama. Su voz patina y, cada tanto, se escucha el ruido del vaso al pegar contra el tubo. Dice que irá. Dice que no le hace ninguna gracia ni muchísimo menos, que si decide ir es para alejar la idea de su cabeza, y para confirmar que él, Merlo, está desvariando. Que es un demente.

V

Es sábado. Merlo pasa a buscar a Betty. Han acordado verse en una esquina porque ella no quiere revelar su dirección.

Betty rodea el auto sin mirarlo y sube al asiento del acompañante aunque, por su porte, bien podría sentarse en el asiento de atrás. Lleva lentes oscuros y un vestido a la rodilla con rombos blancos y negros.

Él podría ser su chofer, camino a un evento de algún tipo.

Un entierro, por ejemplo.

*

Durante el viaje, no hablan.

Merlo mira la cara de Betty en las esquinas, cuando la mano de los autos llega desde la derecha, y mira sus piernas cuando debe meter un cambio.

Cuando suena, Merlo mira el celular. Es su exmujer. Cuelga.

*

¿Y qué le vas a decir cuando la veas?, pregunta Betty una vez que estacionan frente a la casa. ¿Que sos su verdadero padre? ¿Qué venís a contarle la verdad?

Merlo entonces se inclina sobre el asiento de atrás y alcanza un par de hojas impresas, apoyadas en una pequeña pizarra de técnico de basket.

Voy a hacerle algunas preguntas, dice Merlo, a ella y a sus padres.

Y un segundo después, cuando Betty todavía está cerrando la puerta del auto, él le dice a la anciana que lo atendió:

Buenos días, somos de la Universidad Tanto. ¿Hay alguien de edad universitaria en casa?

*

Para el momento que Betty se une a Merlo, la joven Hilda sale a la puerta y la chica y la mujer quedan frente a frente. Betty se saca los lentes. Ahora sí, el parecido está ahí y Merlo puede sentir la conexión.

¿Quieren pasar?, pregunta la chica.

*

¿Apellido?, pregunta Merlo, luego de anotar el nombre de Hilda en la planilla. Antes, a modo de presentación, dijo que él y su colega pertenecían a la Universidad Tanto y que se estaba evaluando la posibilidad de abrir algunas carreras en Santo Tomé.

¿Es necesario el apellido?, le devuelve Hilda.

A la pregunta por la edad, Hilda dice que tiene 19, tras lo cual Merlo mira a Betty de forma fugaz.

¿Siempre viviste en Santo Tomé?

Desde que me mudé con mi abuela, dice ella. Desde siempre, casi.

¿Y tus padres?, pregunta Betty.

Apenas los conocí, dice Hilda.

No, agrega la chica ante la expresión de Betty, no es nada. No me acuerdo de nada.

Entonces la siguiente pregunta puede resultar algo incómoda, dice Merlo.

No se haga problema, de verdad.

¿Fuiste feliz acá en tu infancia?

Hilda deja asomar una sonrisa como si se tratara de una broma o un error. Pero Merlo y Betty la miran con seriedad, a la espera de su respuesta.

Sí, dice Hilda, tan feliz como cualquiera, creo. ¿Qué se yo cómo son de felices los otros para comparar? No sé en realidad.

Merlo y Betty están sonriendo.

Se complicaba un poco los días del padre, ponele. Y de la madre, agrega ella.

Claro, dice Betty.

¿Qué te gusta hacer, Hilda?, pregunta Merlo.

No sé, dice ella, muchas cosas. Pero ninguna se estudia.

Los tres se ríen.

Soy mesera en un bar de Santa Fe, sigue Hilda. Y ahora quiero comprarme una moto. Baja cilindrada.

¿Eso es lo que te gusta?, pregunta Merlo.

Sí, dice ella, ¿está mal? Me gusta atender mesas y andar en moto. Soy buna para las dos cosas.

Está perfecto, dice Betty.

¿Dirías que la moto es tu objeto favorito?, pregunta Merlo mirando su planilla.

¿Mi objeto favorito?, dice Hilda.

Es parte del cuestionario, dice Merlo con voz técnica, un objeto de tu preferencia.

No, dice Betty, me gusta andar en moto. No significa que sea mi objeto favorito.

Hilda lo piensa por un momento.

Mi habitación, dice al final. Pero no por lo que hay adentro.

La habitación no contaría como..., empieza a decir él cuando vuelve a sonar su teléfono. Pero Merlo se apura a cortar sin sacarlo del bolsillo.

¿Podemos conocerla?, pregunta Betty.

*

Hay, en el centro de la pieza, una cama marinera con el colchón hundido y las sábanas revueltas. Del respaldar cuelga un rosario de cuentas coloradas y enfrente de la cama hay un televisor, con el vuelto de la noche sobre el marco superior, un billete de dos pesos y algunas monedas sucias. En un rincón de la pieza, atrás de la puerta abierta del ropero, hay un bajo con el delantal del bar atado al clavijero, y, adentro del ropero, una montaña de zapatos y zapatillas entre las que Merlo reconoce un par de zapatillas de correr. Todo iluminado por un gran ventanal, a un paso de la cama.

Soy dueña de una cama y un televisor, dice ella. Esa es toda mi fortuna.

Pero tenés una guitarra, dice Merlo.

Es un bajo, corrige Betty.

Es prestado, el bajo, dice Hilda.

¿Tocás?

Sin sonido solamente, para no molestar a mi abuela. Y para tocar a cualquier hora.

Y un libro, dice Merlo.

Es prestado, también, de la biblioteca. Me gusta leer sobre la vida de la gente, biografías. Científicos, pintores, políticos. Tienen vidas muy interesantes.

Merlo simula escribir en la planilla, ante lo cual Hilda agrega:

Pero no me gustaría ser ninguno de ellos. Ni un escritor, ni un científico, nada de todo eso. No quiero tener una vida interesante.

Todo en silencio, dice Betty.

¿Cómo?, suelta Hilda.

Digo, leer, tocar el bajo mudo. Son actividades silenciosas.

Sí, dice Hilda mirando fijamente a Betty, puede ser.

Merlo mira.

Actividades silenciosas, repite la chica.

Nosotros creemos que tenés una vida muy interesante, Hilda, dice Betty.

Entonces el celular de Merlo vuelve a sonar y esta vez él se aparta, sale de la habitación.

Es su exmujer. Pregunta a los gritos por qué no le atiende el teléfono, en qué andás, le dice, mientras Merlo mira en el interior de la pieza cómo las mujeres se vuelven madre e hija.

¿Qué mierda tenés en la cabeza?, pregunta su exmujer.

En este momento, nada, dice Merlo.

No te hagás el vivo. ¿Cómo es eso que tu hijo tiene una hermana?

La tiene, dice él.

No digás idioteces. ¿No te acordás que tu hija se murió? ¿Te pensás que vas a recuperar tu pasado yendo en auto a buscarlo?, le suelta ella.

A lo que Merlo, sin dejar de ver cómo Hilda y Betty conversan y sonríen, responde:

Sí.

Francisco Bitar (Santa Fe, 1981). Publicó los libros de poemas *Negativos* (Ediciones Stanton, Bs. As., 2007), *El olimpo* (Colección Chapita, Bs. As., 2009, Ediciones Stanton, Bs. As., 2010) y *Ropa vieja: la muerte de una estrella* (Ediciones Stanton, Bs. As., 2011). Además, editó la novela *Tambor de arranque* (EMR, Rosario, 2012) y el libro de relatos “*Acá había un río*” (Nudista, 2015) de donde se extrajo “*Acá había un río y yo lo cuidaba*”.

¿Por qué elegimos “Acá había un río y yo lo cuidaba”?

Por la original forma de contar los vínculos en territorios habitualmente poblados por sensiblería y lugares comunes.



Las barbies nunca pesan

Rocío Cortina

Sobre el escritorio abandono el libro que recién termino: mi amigo Leopoldo desarrolla su experiencia sobre tratamientos psicológicos con adolescentes adictos a las drogas. Quiere que comente su obra en una charla que ofrece mañana sobre el tema. No estoy muy convencida de hacerlo. No es mi especialidad y tengo reservas acerca del enfoque que eligió. Pero ya le dije que sí.

Desde la ventana veo a un gato que camina por la angosta medianera de la casa de enfrente. Intenta cazar un pájaro. Se distrae ante la presencia de otro felino. Pienso en el equilibrio y en lo feliz que soy durante los instantes en que lo alcanzo. El cielo tiene manchas de un gris platinado. Seguro que esas nubes traen lluvia. No escuché el pronóstico del clima, pero desde chica aprendí a leer las marcas que deja el cielo sobre los días que vendrán. ¿Por qué Leopoldo se dedicó a trabajar con adolescentes? En tantos años, nunca se lo pregunté. Tampoco me habló de eso. Ni siquiera charlamos sobre profesiones cuando decidió dejar Sociología y empezar Psicología.

El viento entra con fuerza en la habitación. Una ráfaga fría abre la puerta superior del placard: nunca cerró muy bien. Me subo a una silla para trabarla. Veo las dos cajas forradas

con papel lila, son mis baúles de recuerdos. Las traje conmigo en cada una mudanzas que hice. Cinco mudanzas. Pero nunca me animé a abrirlas, como si contuvieran un animal peligroso o un maleficio. Y a pesar de que tengo poco tiempo, de que debo armar un mínimo discurso para la charla de mañana, de que aún no tengo claro qué me dispara el libro de Leopoldo, se me ocurre bajar la primera de las dos, la que está más a mano.

Me siento en la alfombra. La postura meditativa me sale de forma natural. La espalda derecha, las manos sobre las rodillas, el rostro mirando a la porción de cielo casi aguachento que la ventana me permite. Delante mío, la vieja caja. Me siento ridícula: establezco una ceremonia. Inspiro hondo. Con las uñas empiezo a quitarle la cinta scotch que la rodea. Hay tarjetas de cumpleaños y de Navidad. Más abajo, cartas de amigas de la escuela. Entre los papeles amontonados, un sobre color madera, abultado. Espero más de lo mismo: un souvenir de alguna comunión o fiesta de quince años. Pero encuentro la vincha de Julieta. Me sorprende conservarla todavía.

El último día que la vi, Julieta se contorsionaba sobre el escenario. Trataba de seguir la música. Saltaba sobre las tablas oscuras, como si hubiera querido lustrarlas y devolverles el brillo que habían tenido durante los actos escolares. Corría el telón de un terciopelo bordó bien barato y lo volvía a abrir. Jugaba a la aparición de estrella de Hollywood. Bikini con flores rosas y amarillas, ojotas verdes y rulos claros sostenidos por una vincha fucsia: mi hermana menor, mi simpática Barbie hawaiana. Muy cerca suyo, Mariano tocaba el piano como los músicos de la televisión. Jugaba con las notas graves: le hacían acordar a las películas de terror. No se detenía hasta que Julieta se lo pidiese. Recién ahí elegía las teclas de la derecha, sólo para no escuchar los gritos de nuestra hermana.

Era verano. Mamá se había ido cinco días de vacaciones con su nuevo novio. Nosotros estábamos instalados en lo de la

abuela Dora. Antes de que mamá se fuera yo había escuchado discusiones con Dora. Discusiones que me angustiaban, aunque nunca imaginé lo que pasaría después. Sos madre, hacete responsable, le había dicho Dora a mamá en uno de esos días, todos los veranos pasa lo mismo, ya no tenés diecisiete años. La abuela no nos quería cuidar tanto tiempo.

Recién salíamos de la pelopincho. Con Mariano y Julieta habíamos hecho remolinos. Entre los tres manteníamos el vaivén del agua. Cuando uno se quedaba sin aire, avisaba a los otros, se iba a una esquina de la pileta, recobraba la respiración y recién después volvía. Casi siempre era yo, por aburrimiento. También habíamos hecho búsquedas del tesoro. Yo tiraba los broches de colgar la ropa. Mariano y Julieta tenían que buscarlos. Contaba hasta diez. Después ellos se zambullían y se perdían en el agua cada vez más sucia. La cuarta vez que lo hicimos Mariano salió; Julieta no. Con mi hermano la miramos unos segundos desde afuera. Estaba quieta. Seguía sin asomar la cabeza. No pude más: me tiré y la saqué de un brazo. Julieta se incorporó de prepo, me escupió agua en la cara y se rió sacudiendo los rulos mojados sobre mis ojos. Estaba viendo cuánto aguantaba, nena, me dijo.

Cuando la abuela Dora vino a vigilarnos yo me hervía al sol de las cuatro de la tarde en una reposera con líneas amarillas y azules. Observaba en detalle las fotos de la revista Caras, que mostraban a modelos en Punta del Este, Brasil o Pinamar. Imitaba sus poses, segura de que nadie me miraba. Las gotas de mi pelo empapado caían sobre el papel brillante.

–Vayan a jugar a la escuela. Yo les hago la merienda y los llamo –dijo Dora– Vos, Sol, andá con ellos.

–No me divierte eso, abuela– le contesté.

–Entonces quedate conmigo y hacemos alfajores. Ellos van solos.

Igual, acompañé a mis hermanos.

En esa época Dora –yo nunca le dije abuela– era casera de la Escuela 26. Vivía en una casa pegada al edificio, en el primer piso. Ambos lugares tenían comunicación directa por medio

de una puerta verde que daba a las aulas de arriba. En período escolar trabajaba además como portera del turno mañana. Fuera de ese tiempo se encargaba de encender y apagar las luces todos los días, mantener la limpieza y atender la puerta si una persona venía a buscar algún papel. Era rubia, de pelo corto y aspecto y personalidad vivaz. Tenía muchos amigos pero pocos sabían su pasado. Dora se había casado tres veces. Las tres había enviudado.

Aunque en su trabajo hacía cosas que no estaban permitidas, era muy querida por maestros, alumnos y padres. Dora nos dejaba jugar a nosotros en la escuela cuando no había nadie, lo cual se sabía a viva voz. Se retiraba antes del horario establecido con la excusa de que iba “hasta arriba”, es decir, hasta su casa. También vendía cosméticos por catálogo adentro del colegio. Ella todo lo compensaba con una cuota de simpatía, autenticidad y dedicación para solucionar problemas cotidianos, desde un chico que se había golpeado hasta una maestra que llegaba desbordada por cuestiones personales.

A nosotros nos fascinaba el desierto veraniego de la escuela pública. No dejábamos de compararla con la nuestra, un edificio moderno pero gris, uniforme y católico. La Escuela 26 siempre estaba fea y descuidada, pero tenía un árbol en el patio, un ciruelo, tres canteros con huertas que cuidaban los alumnos y dos aros de básquet. Cuando no había nadie, le pedíamos a Dora que nos dejara jugar en el patio. Ella accedía. Mariano pateaba la pelota. Julieta y yo nos turnábamos para usar mis patines. La recomendación era siempre la misma: no hagan ruido, que los gritos se escuchan desde la vereda, y no les cuenten a sus amigos que los traigo acá. Pequeños placeres ocultos que nunca más volvimos a tener.

Es una suerte que ahora no me toque visitar escuelas más de una vez por año: cuando el hijo de mi mejor amiga actúa para alguna fecha patria. En esas ocasiones no puedo evitar leer con obsesión los afiches que cuelgan de las paredes, sacar radiografías de los patios, de cómo los alumnos se apropian de esos espacios de juego y averiguar si la persona que me abre la

puerta es un hombre o una mujer.

Pero aquella tarde yo admiraba desde abajo del escenario la agilidad de Julieta y la gracia de Mariano. Fantaseaba con que ese eterno techo blanco que nos cubría podía caérsenos encima. Me angustiaba con los afiches que mostraban un Papá Noel risueño y unas velas rojas con muérdagos: vestigios de las fiestas de fin de año que aun adornaban el salón de actos del colegio. Me preocupaba que la escuela quedara así todo el verano. Sólo pude volver a tolerar a Papá Noel después de doce años de análisis.

En aquel momento pensaba en lo rápido que pasan las fiestas, en mis regalos, en lo que no me habían comprado hasta que un ruido interrumpió el son del piano. Mariano se levantó y se puso al lado mío. Julieta se sentó a un costado del escenario. De repente se abrió la puerta principal de la escuela. Entraron una mujer en short de jean y musculosa blanca y un hombre calvo con bigotes. Así los conocí. Ella traía una carpeta color madera en la mano. Él tenía un manojito de llaves colgando del bolsillo del pantalón azul. Nos acribillaron con la mirada.

—Un día de sol tan lindo y ustedes acá adentro— dijo la mujer del short, como si nos conociera de toda la vida.

Respiré hondo. Reconocí el aire de galpón cerrado que cada verano inundaba la escuela. Sabía lo que tenía que decir en estas situaciones. Lo hice por primera vez.

—Somos los nietos de Dora, la portera de la escuela.

Tragué saliva. Tenía la boca seca. El corazón me latía a un millón de revoluciones por segundo. Miré para abajo y me descubrí una acumulación de bronceador mal desparramado por la rodilla derecha. Estiré la mano y traté de emparejarme. Miré a mis hermanos: parecíamos tres pordioseros, como decía mamá cuando estábamos desprolijos y sucios.

Me pregunté por qué Dora no estaba con nosotros. Los intrusos no entenderían: si ella nos dejaba bajar a la escuela, ¿por qué no nos acompañaba? ¿Acaso no era consciente de los desastres que podían hacer tres chicos solos en un colegio?

Mariano no tenía que tocar el piano tan fuerte porque se escuchaba desde la vereda. Por eso la pareja había entrado. Pero haber dejado que Mariano tocara notas graves era mi culpa: yo era la hermana mayor. Nunca pude dejar de ser la hermana mayor, tampoco lo elegí.

Ante mi presentación, los intrusos asintieron con la cabeza. El hombre miró para el lado de la calle. Tenía el ceño fruncido, los bigotes desprolijos y una mancha de transpiración debajo de las axilas que amenazaba con extenderse hasta la cintura, justo donde le empezaba la panza. Parecía que no deseaba estar ahí. La mujer caminó hasta el piano donde segundos antes había estado mi hermano. Se quedó quieta frente al instrumento. Examinó las teclas con la cabeza gacha. Las acarició. Hundió sus dedos en las agudas. Después se detuvo y miró a Mariano. Se hizo un silencio.

Yo sólo quería a Dora con nosotros. Que bajara, que dijera que la merienda estaba lista. Que nos apuráramos porque el licuado de banana se ponía negro, se oxidaba, perdía las vitaminas: no servía más. Que me llamara: Sol, Solcito, por favor, trae a tus hermanos. Quería alzar a Julieta aunque a sus cuatro años ya me pesara: yo tenía siete más que ella y las Barbies nunca deberían pesar. Pero estábamos solos. Y seguro que Dora iba a perder su trabajo. Eso era lo que me preocupaba: que la echaran. La directora del colegio, la señora Susana, le diría que por su falta exigía la renuncia. Y las maestras, detrás de Susana, aplaudirían, avalarían la decisión diciendo que era una falta de respeto, un lugar tan importante como la escuela pública, los chicos, encima solos, el salón de actos, el mobiliario, el piano que habían enviado desde el ministerio el año anterior después de tanto tiempo de pedirlo. O quizás le enviarían a Dora el telegrama directamente, sin decirle nada antes. Un día de febrero, antes del comienzo de clases, tocaría el timbre un cartero en bicicleta. El hombre tendría gorrita blanca para protegerse del sol. Dora lo atendería. Dora rompería el bordecito del papel, sacaría la nota. El papel diría “despedida”. Tendría un sello con la firma de la señora directora Susana.

Dora se moriría. Ahí nomás, en la puerta de calle, delante del cartero y de las vecinas de enfrente que siempre veían todo. Esas eran las cosas que me preocupaban en ese momento. Yo me preocupaba por Dora.

Miré a Mariano. Estaba a punto de llorar. La mujer del short empezó a acercarse a él.

—Yo soy la vicedirectora del colegio— dijo. Vine a buscar unos papeles.

Después la mujer miró a Julieta y le acarició el pelo. Mi hermana se rió: jamás le había costado entrar en confianza con la gente.

No le creí: había venido a echar a Dora. Susana no se iba a molestar. Entendí que Mariano tampoco le creyó, porque empezó a correr. Lo seguí. Miré para atrás, le hice un gesto con la cabeza a Julieta y confié en que entendiera la jugada. Impulsamos nuestras piernas lo más fuerte que pudimos. Subimos rápido las escaleras. Atravesar el pasillo de mosaicos fue lo más difícil. El piso estaba demasiado limpio, nos patinábamos con las ojotas. El ruido del chancleteo hacía eco. Me acordé del Correcaminos y me reí. La carcajada histérica retumbó en el espacio vacío. Dimos con la puerta verde. Volvimos a la terraza de Dora. Ella estaba sentada frente a la mesa. Escuchaba la radio. Transmitían un concurso de oyentes. Gloria Stefan gritaba de fondo y un hombre adivinaba de qué canción se trataba para ganarse un disco. Tenía que retirarlo en Mansilla al 600, informaba el locutor.

Dora le amputaba las flores a una alegría del hogar que estallaba en rojo y las arrojaba al cesto de basura. Esa planta era una de las pocas cosas de ese color que quedaban en su casa. Antes, en lo de Dora había almohadones, manteles y carpetitas para la mesa en rojo. Ahuyenta las malas energías, decía ella. Siempre hay alguien que la envidia a una. El rojo y la ruda macho son fundamentales. Pero desde que su tercer marido había muerto, Dora había eliminado ese color de su entorno. Me enteré cuando le pregunté por qué tenía algunos aros separados en un alhajero distinto del resto. Por el luto, me explicó.

Tu abuelo Arnaldo murió hace muy poco y es de irrespetuosa que yo me ponga aros rojos. Entonces yo aprovechaba para hurgar en los cajones de la cómoda, buscar la bijou prohibida y adornarme hasta parecer un árbol de navidad.

Si algún día tengo una hija, quisiera ayudarla a que se transporte a otros mundos. Que se vista de hada, de princesa, de bruja, de flor. Que habite una tierra de fantasías. ¿No es acaso con esas cosas que sueñan las nenas? Se equivocan las madres que les prestan a sus hijas su ropa, sus maquillajes, sus zapatos y su bolsa de hacer las compras.

La abuela no nos había visto entrar. Agitada, le toqué el brazo blando, apenas arrugado. Ella se asombró de que ya estuviésemos allí. Pensaba que se quedarían un poco más en el piano, dijo. Se levantó de la silla para servirnos el licuado de banana con budín. La frené.

—Aparecieron dos extraños— le dije. Mariano me escoltaba.

—Sentate que les sirvo la merienda. Ustedes ya alucinan de hambre.

—Una mujer de pelo corto. Y un pelado. Nos preguntaron quiénes éramos.

—¿Y Julieta?— fue la pregunta lógica de Dora.

Nadie contestó. Empecé a temblar. Quedaba a la vista mi mal desempeño como protectora de hermanos. Me desesperé. Mariano retrocedió hasta la puerta verde que separaba el patio de la abuela del pasillo del colegio. Se asomó.

Aproveché que Dora había ido a la cocina a buscarnos más budín para volver a la escuela. Otra vez: la puerta verde, el pasillo y la escalera. Llegué al salón de actos y en el escenario vi a Julieta con la mujer del short. La intrusa estaba sentada en el piano. Julieta, sobre su falda. La mujer le guiaba las manos sobre las teclas como a una marioneta. Mi hermana, concentrada, la seguía. De tanto en tanto se reía. Parecían divertirse en una dupla perfecta.

Sentí odio al ver a Julieta con una desconocida. Las dos, divertidas, custodiadas por aquel hombre. Mamá siempre nos

había dicho que no habláramos con extraños. A mí me lo repetía mucho más, casi todos los días cuando salía a la calle. Podía pegarle dos gritos a mi hermana. Hacerme la maestríta ciruela, jugar a la mamá: Julieta dale, apurate, nena, está la merienda, dejó de pavear. Pero decidí dejarla donde estaba. Si ella prefería a una intrusa antes que a mí, antes que a nosotros, no había mucho más que hacer.

Volví sobre mis pasos con lentitud. Regresé al patio de Dora. Mariano y la abuela me recibieron con una mirada interrogativa. Julieta está abajo, les dije. Omití con quién y qué hacía.

La merienda se desplegó en todo su esplendor. Los tres nos sentamos en la mesa del patio. La abuela sirvió el licuado de bananas: un derroche de espuma fresca que nos sacudía los pies en la orilla del mar. Mordí un pedacito de hielo que había quedado adentro del vaso. El frío empezaba a calarme fuerte en un diente cuando escuché un grito. Los tres lo oímos, porque saltamos de las sillas al unísono. No era un alarido de dolor sino de desesperación, salido de una garganta con voz finita: la de Julieta.

Hubo un tercer acto de la puerta verde, el pasillo y la escalera. Mariano y yo encabezábamos la comitiva. Dora venía atrás, lenta, desganada. No hablamos. Llegamos al salón de actos. Nadie en el piano. Nadie en los pasillos. Nadie en los salones. Nuestra marcha se hacía cada vez más apresurada.

—No está— dijo al fin Mariano.

Ya habíamos peregrinado por todo el colegio. Mi cabeza ensayaba explicaciones, todas tan rudimentarias que no valía la pena enunciarlas.

—Pero yo antes la vi jugando en el piano— dejé escapar.

—Seguro se está escondiendo— trató de tranquilizarnos la abuela. Subamos, va a volver sola.

Antes de empezar a subir la escalera volví a mirar la silla vacía enfrente del piano. Me acerqué. Los otros dos se adelantaron y los perdí de vista. Era la vincha fucsia que Julieta estaba usando mientras bailábamos. Mi hermana nunca se iba

a ninguna parte sin su vincha de Barbie. La agarré y me la guardé en el bolsillo.

—Me pidieron la merienda porque estaban muertos de hambre, ahora la toman— dijo Dora.

Mariano dejó sobre la mesa su vaso. Le faltaba sólo el fondo. Estaba pálido.

—Julieta se lo hubiese tomado todo, todo. Hasta el final— acoté yo, mientras tanteaba con la mano su vincha, adentro de mi bolsillo.

La abuela entró en la casa sin mirarme. Mariano captó a la perfección mis palabras y dejó escapar una lágrima. No sabía cómo hacer para que entendieran que había que buscarla. No podían olvidarse de ella. Para algo Dora era la persona mayor. Pero si ella no hacía nada, lo iba a hacer yo. Tenía que ponerme al frente. Pedir ayuda. Cuando ella durmiera podía llamar a alguien. A mamá. No: mamá estaba muy lejos, como siempre. Ni yo sabía dónde. A un vecino. La mujer de la casa de enfrente estaba siempre pendiente de lo que pasaba en el barrio. Pero no se llevaba bien con Dora. Por qué nos iba a hacer el favor. Tíos no teníamos. La única esperanza era la policía. Cuando Dora durmiese iba a llamar a un patrullero.

Eran las siete de la tarde: la hora en que Julieta siempre quería ver televisión. El calor había menguado. Dora volvió al patio, guardó las cosas de la merienda y nos dijo que fuésemos un rato a la vereda. Antes de salir, me saqué la vincha del bolsillo, la puse en un sobre de papel madera que encontré sobre la mesa de Dora —el mismo donde la conservé durante tantos años— y la guardé en la mochila donde estaba mi ropa.

En la calle solía haber otros chicos del barrio y a veces nos uníamos a jugar con ellos. Pero ese día no veíamos a nadie. La abuela nos agarró a los dos de la mano. A mí me entregó unos carteles escritos con marcador negro que decían “falta de su hogar”. Tenían la foto de Julieta y el número de teléfono de Dora. Sostuve un momento los afiches, eran muchos y estaban fotocopiados. Después le di algunos a mi hermano.

—Pongan mucha cinta scotch porque sino el sol y la lluvia

los pueden despegar— nos indicó Dora. Nosotros la mirábamos impávidos, sin saber qué hacer, hasta que por fin dijo su verdad:

—Apúrense, ya llamé a la policía.

Esa noche al fin pude hablar con mamá. La llamé al teléfono del hotel, a un número que ella nos había dado antes de irse. No pedí permiso a la abuela, pero sé que ella igual escuchó cada palabra que salió de mi boca. Sí, me dijo mamá, ya estoy al tanto de todo. Corté el teléfono y me aseguré de que la vincha de Julieta aun estuviese adentro de mi mochila. La oculté entre mi ropa lo mejor que pude.

Cuando mamá volvió empezaron las marchas. Los programas de televisión mostraban fotos de nuestra hermana. Con Mariano tuvimos que describir varias veces a los supuestos captores. Se decía que habían entrado al colegio por una ventana abierta. Gente desconocida se presentaba en casa para ofrecernos ayuda y buscar a Julieta.

Para el momento en que las idas y venidas se calmaron, mamá ya no veía a aquel novio con quien se había ido de vacaciones. El hombre dejó de frecuentar nuestra casa y empezó a cuidarnos una señora, Irma. Se quedaba con nosotros desde que salíamos del colegio hasta que mamá llegaba de trabajar. Nos servía el almuerzo y ayudaba a Mariano con la tarea. Irma era casi muda y nos prohibía ver televisión. Hablaba sólo cuando la situación no podía ser resuelta por gestos.

A Dora casi no la veíamos. Recuerdo haber ido muy pocas veces a su casa después de lo que pasó. Ella nunca vino a la nuestra. Supimos cuando le llegó la jubilación porque nos contó una maestra de la escuela que le daba apoyo escolar de matemáticas a Mariano. Tiempo después oímos comentarios de que se había mudado a un barrio cerrado en la Zona Norte del Conurbano. Ninguno en la familia se ocupó de confirmarlo. Nos enteramos de su muerte por aquella misma maestra de

matemáticas.

Para ese momento mi diálogo con mamá era escaso. Las explicaciones poco convincentes que me daba sobre la desaparición de Julieta perdían peso a medida que avanzaba mi adolescencia. Viví ese proceso muy sola. Me rodeé de un grupo de amigos que no entendían demasiado lo que me pasaba, pero que al menos me divertían y me acompañaban. Siempre tuve novios, eso no me resultaba complicado.

Mientras tanto, Mariano crecía y se iba olvidando de Julieta y de los desconocidos en el salón del piano. Mi hermano se convirtió en un gran alumno, después en un gran contador, un gran marido y un gran padre: fue para ese tiempo, cuando nació su beba, que dejamos de vernos. Se produjo un alejamiento pacífico, insalvable. Su hija se llama Anahí y tiene la cara de Julieta, sus mismos gestos, sus ojos.

Siempre pensé que era preciso olvidar para seguir viviendo. Me desengañé de denuncias, declaraciones, llamados y decidí reencontrarme con Julieta en otro plano: el espiritual. Fue algo personal, algo muy mío que casi ningún ser querido entendió. El camino de la meditación como remedio a todo me llevó a la paz conmigo misma y con otros. Ni siquiera me alarmé cuando vi a esa chica tan parecida a ella en Facebook.

Son casi las nueve de la noche. La habitación sólo se ilumina gracias al farol de la calle, el techo se parte en docenas de manchas irregulares. Corro las cortinas y enciendo el velador. Tapo la caja lila construida por recuerdos y la guardo otra vez en el placard. Voy hacia la cocina con la vincha de Julieta en la mano. La deposito adentro de una olla vieja, tiro un fósforo y espero que la llama empiece a subir. La avivo con un diario, la controlo y cuando creo que es suficiente, le tiro un chorro de agua fría. La casa entera huele a plástico derretido. Afuera, la tormenta domina todo.

Rocío Cortina (Florida, 1985). En 2015 publicó *Márcaras Indestructibles*, que integró la colección *Leer es Futuro* del ministerio de Cultura de la Nación

¿Por qué elegimos “Las barbies nunca pesan”?

Porque narra lo siniestro de una escuela sin actividad.



Cierre

ATLAS 11, la edición de lecturas de verano, finaliza acá. Nos vemos en el otoño, cuando presentaremos el próximo número de ATLAS y nuestro primer libro: Atlas de los fenómenos obsesivos.

SUSCRIPCIÓN GRATUITA

Si desean recibir en sus casillas de mails los números anteriores y los que seguirán, enviénnos un mail a maildeatlas@gmail.com y encantados les cumpliremos ese deseo.

A U T O W A H N
editora

autowahneditora.wordpress.com

(c) 2017